



DÍA 1

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 1

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Contents

LIBRO GRATIS

DÍA 1

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIECÍSEIS

17. DIECÍSIETE

- 18. DIECÍOCHO
- 19. DIECÍNUEVE
- 20. VEINTE
- 21. VEINTIUNO
- 22. VEINTIDOS
- 23. VENTÍTRES
- 24. VEINTICUATRO
- 25. VEINTÍCINCO

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo

Lee *Día 0* gratis ahora.

Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

DÍA 1

Lo siguiente sucede el sábado 26 de Julio en Dinamarca.

UNO

Thomas intenta bloquear todos los sonidos a su alrededor. Trata de mantener su cabeza despejada, para pensar con claridad. Pero es difícil. Jennie se queja del dolor. Dan se lamenta. Y del otro lado de la puerta vienen los sonidos incesantes de uñas rasposas y gemidos bajos.

—Duele mucho —dice Jennie—. Creo que necesito ir a urgencias. ¿Podrías intentar llamarlos de nuevo, Thomas?

—Ya he intentado llamar cien veces —murmura Thomas sin mirarla—. Te lo he dicho mil veces: no hay señal aquí abajo.

El sótano está sofocantemente caliente y desordenado. En el techo cuelgan varios hilos de telarañas. La habitación está abarrotada de muebles viejos, cajas de cartón, libros desgastados y ropa vieja. Las ventanas son altas y son demasiado estrechas para que una persona pase a través de ellas, ni siquiera Dan puede salir. Unos pocos rayos de luz polvorienta de color naranja se filtran, recordándoles el día sumamente caluroso de verano que hay afuera. La ola de calor ya lleva tres semanas.

En medio de la habitación cuelga una bombilla desnuda. Thomas se pregunta cuánta luz proporcionará si todavía están aquí al caer la noche.

Otro gemido bajo, del otro lado de la puerta se escucha.

Dan se seca la nariz con la manga. —¿Crees... crees que deberíamos poner más cosas delante de la puerta, Thomas? Esa caja no parece muy pesada.

«¿Por qué soy yo el que debe tomar todas y cada una de las decisiones?» Piensa Thomas. «¿Quién demonios me nombró capitán?» Thomas contiene la ira y dice con voz moderadamente calmada: —La caja es lo suficientemente pesada, está llena de porcelana. Apenas pude arrastrarla hasta allí. Ella no podrá moverla.

—Pero... —dice Jennie—

—Pero realmente no importa — interrumpe Thomas— ya que la puerta está cerrada con llave y la llave está de nuestro lado. Ella ha estado ahí afuera —mira su reloj— cuarenta y cinco minutos han pasado, y hasta ahora, no ha intentado abrir la cerradura. Ni siquiera ha agarrado la manilla. No creo que le quede mucho cerebro, así que no te preocupes por la puerta.

Jennie emite otro gemido de dolor, y pregunta: —¿Qué demonios le ha pasado?.

—Es una maldita zombi, eso es lo que le pasó, —gruñe Thomas—. ¿Nunca has visto una película de zombis? ¿*El amanecer de los muertos*? ¿*Guerra Mundial Z*? ¿Algo te suena?.

—Los zombis no son reales —responde Jennie con desdén—. Y no me hables como si fuera estúpida, sólo porque no veo las mismas películas asquerosas que tú.

—No puedo creer que ustedes dos estén saliendo —murmura Dan.

Thomas le dirige una mirada, pero no puede evitar sonreír de sí mismo. Le cae bien Dan. Y Dan tiene razón. De hecho, Thomas y Jennie probablemente habrían terminado esta mañana, si el día no se hubiera convertido en una mierda. Thomas había decidido: le iba a decir directamente que ya no quería salir con ella. Esa fue la razón por la que aceptó hacer la ruta del periódico con ella en primer lugar. No sabía que ella también había convencido a Dan para que viniera.

—Dios mío, todavía está sangrando —se queja Jennie— ¿Cómo puede seguir sangrando? Es solo un rasguño".

Thomas la mira y ve cómo desenrolla la toalla de su brazo. —¿Qué estás haciendo? —dice Thomas— Necesitas mantenerlo apretado.

Ella le dirige una mirada agria. Su máscara de pestañas ha dejado trazos oscuros en sus mejillas. —Entonces, ¿ahora también eres médico?.

Thomas está a punto de perder la paciencia. Trata de encontrar una forma de sacarlos de este sótano, trata de pensar, pero sigue siendo interrumpido. Y los ruidos de la puerta comienzan a sacarlo de quicio. Una gota de sudor le recorre la nariz. La sopla, pensando: «De todas las formas en que podría haber pasado mi sábado, ésta...»

—¿Hola? —dice Jennie en voz alta, agitándolo— Te estoy hablando.

—¿Qué? —pregunta Thomas entre dientes.

—No creo que esta toalla estúpida esté funcionando. Necesitamos encontrar vendajes o algo así. Tiene que haber un botiquín por aquí en algún lugar. Revisa esas estanterías allá, Dan — Jennie deja caer la toalla en el suelo de concreto y señala—.

Dan se levanta.

—Siéntate, Dan —dice Thomas—, no hay botiquín. Ya revisé.

Dan vacila, sin saber a quién obedecer.

Jennie se vuelve hacia Thomas. —¿Y si no lo viste? Realmente no miraste, ¿verdad? Después de todo, tú no eres el que está sangrando, así que, ¿por qué te importaría?

Thomas se pone de pie y se acerca a Jennie en tres largos pasos. Se agacha, agarra la toalla y la enrolla alrededor de su brazo. —Ponte eso de vuelta —gruñe.

Jennie comienza a forcejear. —¡No! ¡Suéltame!

Thomas logra hacer un nudo, apretándolo con fuerza. —¡Ahí! Así de apretado debería estar. ¿Entendido?

Jennie emite un grito y trata de liberar su brazo, mientras le lanza un golpe con la otra mano. Thomas le agarra la muñeca y está a punto de torcerla, cuando Dan grita: —¡Detente! ¡Los dos! ¡Deténganse!

La lucha se detiene. Por un momento, Thomas y Jennie simplemente se fruncen el ceño el uno al otro. Luego, Thomas se da la vuelta para irse, pero luego nota algo. —¿Qué demonios? ¿Qué le pasa a tu piel?

Jennie le da la espalda. —Métete en tus asuntos.

—Jennie —dice él—. Muéstrame tu brazo.

Aparentemente, ella capta algo en su voz, porque se vuelve y extiende su brazo vacilante.

—Todavía está sangrando —murmura.

Y es verdad: un delgado hilo de sangre rosada corre desde el corte en el antebrazo de Jennie y gotea al suelo. Pero la sangre no preocupa a Thomas; él está mirando la piel de ella. Jennie está bronceada todo el año, ya que va regularmente a salones de bronceado. Pero alrededor del corte, el color parece estar desapareciendo de la piel, dejando un tono pálido y grisáceo.

—No lo había notado hasta ahora —dice ella indecisa— ¿Crees qué podría ser... envenenamiento de la sangre o algo así?

—No creo que el envenenamiento de la sangre se manifieste tan rápido. ¿Qué dijiste que te cortó?

—Un cuchillo.

—¿Estás segura?

—Bueno, todo pasó tan rápido, que realmente no tuve la oportunidad de...

—¿Qué tipo de cuchillo? ¿Lo viste?

—Sí. Quiero decir, no. No lo vi, pero lo sentí. Cuando me atacó.

—¿Qué sentiste exactamente?

—¿Por qué? ¿Importa eso? —Jennie sacude la cabeza confundida y molesta— ¿Qué pasa? ¿Por qué me están mirando así?

Dan se acerca a ellos, y al igual que Thomas, mira a su hermana con ojos abiertos y curiosos. —No creo que ella tuviera un cuchillo —dice con rigidez— ¿Por qué usaría un cuchillo? Es una zombi. Los zombis no usan armas.

Es tan obvio, que Thomas debería haberlo visto antes. Pero la situación ha sido tan surrealista que no le dió importancia.

—Cuéntanos qué pasó, Jennie —dice, y por primera vez en mucho tiempo, su voz es suave, casi amorosa.

El labio de Jennie empieza a temblar. —Sucedio justo cuando entramos en la sala de estar. Yo... la oí venir desde atrás, así que me giré. Intentó apuñalarme, pero tropezó con algo... como un otomano, creo. Y cuando cayó, fue cuando el cuchillo me cortó.

—Pero no viste realmente el cuchillo, ¿verdad? —pregunta Thomas.

—No, pero...

—Tenía las uñas largas —susurra Dan— Lo noté.

Jennie mira el corte en su brazo. —Está bien, tal vez fue su uña y no un cuchillo. ¿Qué diferencia hace eso?

«¿Qué diferencia?» Piensa Thomas. «¿Qué diferencia?»

Jennie no estaba mintiendo; realmente no había visto ninguna película de zombis. Si lo hubiera hecho, habría sabido de inmediato lo que significaba un corte de una uña.

Pero Dan lo sabe, Thomas puede decirlo por la expresión de terror e incredulidad en su rostro, mientras gira la cabeza y mira fijamente a Thomas. Es como si una pregunta no formulada pasara entre los chicos en ese momento, una pregunta de sólo dos palabras pequeñas.

¿Cuánto tiempo?

—¿Qué pasa? —pregunta Jennie, se puede escuchar el tono de miedo en su voz— ¿Por qué solo se están mirando? ¡Hola! ¡Háblenme!

DOS

La temperatura en el sótano aumenta constantemente, al igual que el dolor en el brazo de Jennie, y no pasa un minuto sin que ella se lo diga. La piel de su antebrazo cambia gradualmente de color. Está empezando a adquirir un tono verdoso.

Dan simplemente se sienta junto a la pared, mirando hacia la nada. Thomas puede ver cómo se mueven los labios de Dan, como si estuviera hablando en silencio consigo mismo.

Thomas echa un vistazo a Jennie, quien sigue revisando su teléfono en busca de señal. Por supuesto, no le creyó cuando él le explicó lo grave que es la situación. Que la infección probablemente se volverá fatal en unas pocas horas. Que es probable que termine como la mujer afuera de la puerta. Jennie seguía tercamente diciendo que era solo envenenamiento de la sangre y que solo necesitaba ir al hospital.

Pero Thomas la conoce demasiado bien. Puede ver que está asustada.

Thomas esconde su rostro entre sus manos sudorosas. ¿Cómo terminaron aquí? Hace menos de una hora estaban en su coche, conduciendo por la carretera, sudando y escuchando música.

Están casi al final de la ruta, solo quedan cuatro paradas.

Dan está en el asiento trasero junto a la caja de periódicos.

Jennie ha inclinado su asiento hacia atrás y ha puesto los pies en el tablero. —No puedo creer que hayas comprado un auto sin aire acondicionado. ¡Honestamente! ¿Cuál es el punto de tener un auto si no tiene aire acondicionado? ¡Nos estamos quemando!

Thomas finge no escucharla y se concentra en el GPS. Están a pocos kilómetros de la ciudad. La casa aparece al final del largo y polvoriento camino de grava. Thomas se estaciona finalmente en el patio.

—Es tu turno, Dan —dice Jennie—. Si ella no viene a la puerta, simplemente entra y ponlo en la mesa de la despensa. Eso es lo que suelo hacer yo.

Dan sale obedientemente del auto y se dirige hacia la puerta principal, con un periódico enrollado en su mano.

Thomas baja un poco el volumen de la radio y mira de reojo a Jennie. Ella lleva gafas de sol, así que no puede verle los ojos. Bien. Eso lo hará más fácil. Está a punto de decirlo. Las palabras están en sus labios.

«No creo que esto esté funcionando entre nosotros».

Pero no puede sacar las palabras de su boca. Simplemente no puede. El momento no es el adecuado.

En cambio, dice: —¿Quién vive aquí?

—Una señora mayor —bosteza—. Es un poco extraña. Creo que sufre de demencia o algo así.

—¿Vive sola?

—Sí, ¿puedes creerlo? Quiero decir, ¿quién demonios quiere vivir aquí en medio de la nada y completamente sola?

En ese momento, Dan grita desde dentro de la casa.

Thomas y Jennie se miran por un breve segundo. Luego, cada uno abre su puerta y salta fuera del coche. Corren hacia la puerta principal.

Tan pronto como Thomas entra en la casa, el tiempo parece acelerarse diez veces. Observa brevemente la extraña decoración: piedras y cristales coloridos por todas partes, caras recortadas en madera, una flauta grande de bambú, flores secas colgando de cuerdas en el techo. También registra un mal olor. Pero no hay tiempo para pensar antes de que la mujer salga y esté unos metros frente a él.

Thomas ha jugado mucho a *Resident Evil* y ha visto cada episodio de *Los Muertos Vivientes*, sabe cómo luce un zombi. Los ojos de la mujer son pálidos pero penetrantes, su boca contorsionada en un gruñido, la mueca se hace aún más pronunciada debido al pedazo faltante de su labio inferior. Parece que podría haber sido arrancado, revelando los dientes grises y las encías rosadas. La sangre ha corrido por su mentón y ha manchado el frente del vestido, que alguna vez fue blanco pero ahora parece más un delantal de carnicero. Su largo cabello plateado cuelga en una trenza delgada y bien amarrada.

Ella extiende los brazos y se tambalea hacia él en piernas huesudas y tambaleantes, mientras produce un gruñido que sale desde lo más profundo de su garganta.

Entonces, todo se convierte en caos. Muebles volcados, gritos y chillidos, agarrones y empujones.

Jennie gritando: —¡Me cortó! ¡Me cortó!

Thomas intenta llegar a la puerta principal, pero es interceptado, y de repente todos están acorralados. Una puerta detrás de ellos. Thomas la abre de un tirón, revelando una escalera oscura que conduce al sótano. No tienen otra opción. Huyen hacia la oscuridad.

Y ahora, aquí están. En el calor tenue y polvoriento. La mujer zombi los ha seguido por las escaleras y ahora está esperando al otro lado de la puerta. Rasguñando y gimiendo, rasguñando y gimiendo.

Jennie emite un sonido que parece de tortura. Se limpia la frente. —Cristo, estoy sudando a mares. Creo que podría tener fiebre. Realmente necesito ver a un médico —Echa un vistazo a la puerta—. ¿Nunca se va?

Thomas simplemente niega con la cabeza.

—Bueno, tiene que irse en algún momento —insiste Jennie—. ¿No se pone somnolienta o algo así?

—No. Seguirá hasta que se pudra —dice Thomas.

Jennie arruga la nariz. —No digas cosas así. El olor aquí abajo ya es lo suficientemente malo —Se levanta y va hacia la puerta—. ¿Hola? ¿Me puedes escuchar? ¿Podrías alejarte de la puerta, por favor? Necesito salir. Pero por favor, no intentes lastimarme, ¿vale?

Los ruidos de rasguños se vuelven más fuertes, más ansiosos. Como si la zombi pudiera sentir a Jennie de pie justo al otro lado.

Thomas se levanta. —No abras la puerta.

Jennie voltea los ojos. —No voy a abrir la puerta mientras ella esté ahí afuera. ¿Crees que soy una idiota?

—De hecho, sí, eso creo, ya que solo un idiota intentaría razonar con un zombi —Se señala la sien con el dedo—. Ya no es una persona. Es un cadáver ambulante. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Lo único en lo que piensa es en carne fresca. Ella quiere...

—Sí, lo sé, ella quiere comernos vivos a todos —Jennie se burla—. Bien, lo que sea —Regresa a la silla y se desploma. Luego, enciende un cigarrillo—. Oye, ¿qué tal si nos quedamos completamente en silencio?

—Tú eres la única que sigue hablando —comenta Thomas mientras vuelve a sentarse.

Jennie finge no escucharlo. —Quizás se olvide de nosotros si no nos escucha. Tal vez vuelva arriba. Ya sabes, a buscar a alguien más para... comer.

De hecho esa idea se ha cruzado por la mente de Thomas. —Depende de si sus sentidos todavía están funcionando, o si es impulsada por instintos. Tal vez no necesite escucharnos, tal vez simplemente pueda sentir que estamos aquí —Mira a Dan—. ¿Qué opinas sobre eso?

Dan parpadea, evidentemente sorprendido de que le pidan su opinión. —Bueno... no lo sé. Supongo que vale la pena intentarlo.

—Así es— dice Jennie— A partir de ahora, nadie emite un sonido.

Todos guardan silencio. Todos excepto el zombi. Sigue raspando, gimiendo.

Incansablemente. Insaciablemente.

TRES

Media hora pasa.

Dan mira brevemente en una caja de libros antes de recostarse en una manta, enrollado como un perro. Thomas está inclinado en su asiento, casi quedándose dormido a pesar del calor. Su ropa se adhiere humedamente a su piel, su boca está seca. Ambas ventanas estrechas están abiertas de par en par, pero solo una cálida y suave brisa se cuela dentro.

Jennie es la primera en romper el silencio. —Está claro que no está funcionando —dice bruscamente—. Ella no se irá. —Jennie suspira—. Estoy tan ... jodidamente ... sedienta! Sinceramente, voy a morir si no consigo algo para beber pronto.

«Todos vamos a morir si no conseguimos algo para beber pronto» piensa Thomas, limpiando una gota de sudor que cuelga de su frente, en su ceja.

—Miren —dice Dan, levantándose— Encontré esto en una de las cajas —Se acerca, sosteniendo un antiguo álbum de fotos para que todos lo vean.

—Debe ser ella cuando era joven —dice Jennie, mientras Dan pasa las páginas, señalando a una mujer delgada con largos cabellos rubios. Las fotos cuentan la historia de la mujer emprendiendo un viaje a algún lugar caliente y tropical. La gente local es negra.

—¿Dónde es esto? —pregunta Jennie—. ¿África o algo así?

Dan saca una de las fotos y verifica el reverso. —Haití —. Dice.

Las fotos muestran una boda. No una tradicional en una iglesia con una novia con vestido blanco. En cambio, la mujer está parada con su esposo negro bajo el cielo abierto, en una playa al atardecer. A su alrededor, los invitados están vestidos y pintados con lo que parecen ser trajes tradicionales de la región.

—Se casó con uno de ellos —dice Jennie—. Qué dulce.

Dan pasa las páginas, y puede ver fotos de la mujer y su esposo en la casa donde se encuentran. Pueden ver también una foto de la mujer con un vientre grande lo que muestra sin duda su embarazo. Luego una foto familiar: la mujer, su esposo y un niño mestizo. El cabello de la mujer se vuelve plateado, su piel comienza a arrugarse y su hijo se convierte en un hombre. Luego aparece una foto de el hijo besando a una mujer pelirroja. La última de las fotos muestra a una niña mestiza sonriente entre su mamá y papá.

Al llegar al final del álbum, el encanto se rompe y Thomas se pone de pie. —Escuchen, creo que sé cómo podemos salir de aquí —Jennie emite una pequeña exclamación de emoción, y Dan se endereza—. No podemos contactar a nadie afuera. Ni siquiera podemos esperar a que alguien pase. Ella vivía sola aquí afuera, así que podrían pasar días antes de que tenga a un visitante.

—Pensé en el cartero —interrumpe Dan—. ¿No suelen venir también los fines de semana?

—Tal vez —dice Thomas—. Pero eso no haría ninguna diferencia. El buzón está junto a la carretera, lo noté cuando llegamos. El cartero no se acercará a la casa.

Dan baja la cabeza. Thomas asiente hacia la puerta. No parece que ella ... como sea ... tenga planeado renunciar pronto. Lo que significa que necesitamos encontrar una salida nosotros mismos, y cuanto antes, mejor. Si simplemente seguimos sentados aquí, perderemos fuerza. Y el brazo de Jennie... —Thomas mira hacia ella— necesitamos llevarla al hospital para que la traten.

Evita la mirada de Dan, pero puede escuchar la mentira en su propia voz. Si las películas de zombis le enseñaron algo, es que una vez que te muerden o te arañan, el espectáculo ha terminado. No hay vacuna, no hay cura, nada. La víctima solo puede esperar fiebre, coma y muerte.

Y luego: vida una vez más.

—Me parece bien —dice Jennie, sonando un poco más optimista—. Pero ¿cómo lo hacemos? Tan pronto como abramos la puerta, ella entrará a empujones.

—Así es, y no puedo pensar en una forma de alejarla de la puerta. Por eso necesitamos dejarla entrar.

—Dan suelta un suspiro. —¡No podemos!

—No hay otra opción. Por lo que puedo ver, tenemos tres opciones una vez que abramos la puerta. Uno: podemos intentar pasar junto a ella y subir las escaleras. Será difícil, sin embargo, ya que somos tres, y no hay mucho espacio para moverse. Creo que hay un gran riesgo de que no todos salgamos de aquí ilesos. Dos: podemos intentar atraerla hacia una trampa. No tiene por qué ser algo elaborado. Si podemos hacerla tropezar o arrojarle una manta sobre la cabeza,

simplemente confundirla durante unos segundos, eso podría ser todo lo que necesitamos para pasar junto a ella.

—Eso suena peligroso —dice Dan—. Necesitamos acercarnos bastante a ella si vamos a hacerla tropezar o arrojar algo sobre su cabeza.

—Lo sé. Por eso me inclino por la tercera opción —Thomas se levanta y se dirige hacia el sótano. Contra la pared en la esquina hay un pedazo de tubería de hierro oxidado. Thomas lo agarra y lo pesa en su mano. Se siente pesado, frío y seguro. Mira a Jennie y a Dan—. La tercera opción es abrírnos paso, pasando sobre ella.

Jennie levanta una ceja. —No estás hablando en serio, ¿verdad? ¿Quieres golpearla con eso? ¡Eso es agresión! Y ella es vieja, ¿qué pasa si la matas?

—Esa es la idea —dice Thomas secamente.

Jennie lo mira incrédula. —¿Estás loco?

—Ya está muerta —le recuerda Dan a su hermana—. Matarla de nuevo sería, de hecho, amable. Como un acto de misericordia. Eso es lo que siempre dicen en las películas, de todos modos.

Jennie sacude la cabeza. —Tienen que calmarse. Esto no es una película. Y no es algún monstruo loco al otro lado de esa puerta. Podría estar enferma o algo así, pero sigue siendo solo una anciana. ¿Ya se olvidaron de las fotos? Ella tiene hijos, nietos y todo. No podemos simplemente ... matarla con una tubería.

—Podemos —dice Thomas, pero no se siente tan convencido como suena. Porque será él quien la mate. Jennie obviamente está fuera de escena, no podría golpear el suelo si se cayera, especialmente no con su brazo herido. Y Dan no es lo suficientemente fuerte. Thomas agarra la tubería con más firmeza. Solía jugar béisbol cuando era pequeño, y está seguro de que puede acabar con la zombi de un buen golpe, siempre y cuando no falle.

—Solo tendrás un intento —dice Dan sombríamente—. Si fallas, ella te atraparé a ti.

—Podría tener tiempo para dos, tal vez tres intentos —dice Thomas—. Mira —Gira la tubería rápidamente. Es más pesada de lo que esperaba y se le escapa de las manos, haciendo como un silbido por el aire y golpeando la pared.

Jennie grita: —¡Ten cuidado! ¿Estás loco? ¡Podrías haberme golpeado con eso!

Del otro lado de la puerta, la zombi rasca con más ansias, aparentemente sintiendo el alboroto.

Thomas recoge la tubería. Sus palmas son de color marrón rojizo. —Fue por el óxido —murmura. Lo intenta de nuevo, más cuidadosamente esta vez. Pero aún tiene problemas para

balancear la tubería lo suficientemente fuerte sin perder el agarre. Parece que Dan tiene razón. Solo tendrá una oportunidad.

—Voto por la segunda opción —dice Jennie—. Uno de ustedes se coloca detrás de la puerta con la manta, y tan pronto como ella entre, le lanzan la manta sobre la cabeza y la empujan hacia abajo. Cuando ella cae, todos corremos.

Thomas considera la idea. —¿Qué pasa si uno de nosotros no llega a salir antes de que ella se levante? Entonces esa persona estaría seriamente jodida— Niega con la cabeza—. No, sigo pensando que eliminar la amenaza es nuestra mejor opción.

—Eliminar la amenaza —repite Jennie—. Solo escúchate, ¿quieres? ¿Crees que eres algún tipo de soldado? Ni siquiera podrías balancear eso sin dejarlo caer.

—Ya te dije, fue por el óxido. Ahora estoy preparado para ello, no volverá a pasar.

—¿Y si lo hace? ¡Entonces todos estamos jodidos!

Thomas se burla de ella. Se gira hacia Dan. —¿Qué piensas? Necesitamos un voto decisivo. Dan no responde; parece estar estudiando el lugar donde la tubería golpeó la pared. Luego dice: —Voto por una cuarta solución —Señala, revelando un agujero en la pared.

Thomas se acerca. —¿Qué demonios? Pensé que era una pared de ladrillos.

—No, es algo mucho más esponjoso. Creo que es yeso. ¡Y tampoco es muy grueso! ¡Parece que hay otra habitación al otro lado!

Thomas se inclina y mira a través del agujero. Está demasiado oscuro para ver algo, pero un olor desagradable se filtra.

—Uf! —dice, alejándose— Algo apesta muy mal ahí adentro.

¿A quién le importa? —exclama Jennie— ¡Solo date prisa y derriba esa pared, por favor!

—Thomas empuja a Dan a un lado, levanta la tubería de hierro y comienza a balancear.

CUATRO

La pared resulta sorprendentemente fácil de derribar. Con cada golpe del tubo, grandes trozos desmoronados se desprenden. Ahora el aire está lleno de polvo blanco.

Thomas jadea y suda mientras retrocede y golpea, retrocede y golpea. El olor putrefacto se vuelve más y más penetrante a medida que el agujero en la pared crece más grande.

En cinco minutos ha creado una abertura lo suficientemente ancha para que puedan pasar. Aparta el tubo y simplemente se queda allí por un momento, jadeando por el aliento y sintiéndose débil por el calor.

—Bien —dice Dan, mirando de Thomas hacia Jennie—. ¿Quién va primero?

—Déjame recuperar el aliento —dice Thomas—. Entonces iré.

Jennie se levanta decidida —Lo siento, pero yo salgo de aquí ahora mismo —Da dos pasos antes de comenzar a tambalearse. Parece que sus piernas simplemente ceden, y tropieza con un viejo aparador.

Dan se adelanta para sujetarla. —¿Estás bien?

—Sí, claro —murmura ella—. Sólo me mareé un poco, eso es todo.

Dan la ayuda a sentarse de nuevo. Thomas estudia su rostro detenidamente. Sus mejillas se han vuelto rojas de fiebre, y puede ver el sudor perla en su frente. La piel de su brazo herido ha adquirido un tono alarmanamente oscuro.

«Está avanzando mucho más rápido de lo que pensaba» piensa Thomas, tragando un bulto con sabor a yeso. «Realmente espero que encontremos una salida a través de la próxima habitación... o, Dan y yo pronto tendremos un problema mucho más grande entre manos».

Aparta el pensamiento, se vuelve hacia el agujero en la pared. El hedor es realmente malo ahora. También puede oír algo zumbando allí dentro. Se tapa la nariz mientras saca su teléfono celular y activa la linterna.

La siguiente habitación no tiene ventanas. Parece más grande que la habitación donde se encuentran ahora, pero eso podría ser solo porque no está repleta de basura. Las únicas piezas de mobiliario son una mesa de comedor alargada en la esquina y en el centro algo que le recuerda a un pequeño altar. El altar sólo llega a la altura de la rodilla y está cubierto con un mantel rojo. Alrededor del altar, en un círculo en el suelo, hay seis taburetes de madera todos mirando hacia el centro. Como si alguien hubiera celebrado recientemente una pequeña conferencia en mesa redonda.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunta Dan, acercándose— ¡Ugh, qué olor tan horrible!

—No lo sé, ¡pero mira! —Thomas señala con la luz hacia la esquina. Una escalera de madera conduce a una escotilla en el techo, donde rayos delgados de luz del día se filtran por las grietas.

—¡Es una salida! —Dan jadea.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunta Jennie detrás de ellos.

Thomas entra por el agujero. Se mueve con cuidado a lo largo de la pared hasta que alcanza la escalera. Sube unos pocos escalones para poder alcanzar la escotilla. Le da un empujón, pero no cede. Empuja más fuerte y oye el tintineo del metal.

—Maldición. Está cerrada desde el otro lado.

Dan suelta un gemido.

Thomas retrocede y nota un interruptor en la pared. Lo acciona. Una gran bombilla se enciende a cuestas.

Un fuerte jadeo de Dan hace que Thomas se dé la vuelta.

Así que de ahí viene el olor...

En cada taburete hay un pequeño desorden peludo amontonado. Son animales destripados: gatos, conejos, incluso un pequeño perro. Todos han sido desollados y su piel clavada en los asientos. La carne al descubierto está oscura por la putrefacción, y un ejército de moscas zumban alrededor del festín. La sangre ha goteado por las patas de los taburetes y ha formado pequeños charcos en el suelo. Thomas mira a su alrededor y nota extraños símbolos dibujados en las paredes con tiza. Del techo cuelgan una variedad de objetos en hilos, como grandes plumas negras, ramas secas y huesos delgados.

—Dios mío —susurra Dan—. Ella ha hecho alguna especie de loco ritual aquí abajo.

Thomas pasa su antebrazo por sus mejillas y se da cuenta de que está sudando aún más profusamente ahora. La temperatura es aún más alta en esta habitación. El hedor de los animales en descomposición ha llegado a sus senos nasales, casi puede saborearlo.

—Tenemos que salir de aquí —dice Jennie, mientras avanza tentativamente hacia la pared—. Necesitamos... necesitamos...—Su voz se desvanece, mientras sus ojos se vuelven en blanco— Dan... ¿podrías por favor...? Estoy un poco... mareada...

Dan intenta sujetarla, pero esta vez se desploma, resbalándose entre sus brazos y cayendo al suelo, sus ojos entreabiertos, su boca todavía tratando de hablar.

—Jennie? ¡Jennie! —Dan la llama por su nombre y la sacude suavemente, pero no recibe ninguna respuesta coherente de Jennie, así que mira a Thomas. —Se desmayó.

Thomas espanta una mosca con la mano. —Podía ver que se estaba poniendo peor. Supongo que tendremos que llevarla cuando...

Un golpe se escucha desde arriba.

Ambos miran hacia el techo.

—¿Fue ella? —susurra Dan— La dama zombie, quiero decir.

Thomas vuelve al agujero en la pared, mete la cabeza y escucha por un momento. Todavía puede oír el sonido de uñas rasgando la puerta. Se vuelve hacia Dan. —No fue ella; todavía está junto a la puerta.

—La puerta...—murmura Jennie sin abrir los ojos.

Otro golpe desde arriba. El techo emite un crujido bajo.

Thomas y Dan se miran el uno al otro.

—Alguien más está en la casa —Dan se aclara la garganta.

CINCO

Thomas ha estado de pie en la escalera con el oído pegado a la escotilla durante dos minutos, cuando Dan ya no puede soportar el silencio.

—¿Escuchas algo? —susurra.

Thomas baja de nuevo al suelo, sacudiendo la cabeza con ligera confusión. —No suena como una persona grande. Los pasos son muy ligeros. Tal vez sea un niño. Pero quien sea que esté arriba solo está dando vueltas en círculos.

Dan se muerde el labio. —¿Crees que es un zombie?

—Esa es la pregunta del millón, supongo —dice Thomas, encogiéndose de hombros.

—¿Deberíamos intentar llamarlo?

Thomas pasa una mano por su cabello, que está grasiento por el sudor y el polvo. —Si es un zombie, no queremos llamar su atención.

—Pero si es una persona viva, podrían abrir la escotilla y dejarnos salir —dice Dan.

—Zombie, repite Jennie en un murmullo débil.

Thomas lanza una mirada rápida a ella. Aunque ha llegado a odiarla más o menos en los últimos meses, todavía le duele verla así. Dan ha tomado la manta de la otra habitación, la ha enrollado y la ha puesto bajo su cabeza. Su brazo herido descansa sobre su estómago. El sudor le cae de la cara, los ojos ruedan debajo de los párpados. Sus piernas tiemblan de vez en cuando.

«Se está quedando en coma, —piensa Thomas—. Eventualmente, morirá. Después de eso, solo es cuestión de tiempo antes de que abra los ojos de nuevo». Se estremece violentamente a pesar del calor sofocante.

—Creo que deberíamos llamar —dice Dan, lamiendo el sudor de su labio superior—. Si es un zombie, de todos modos no podemos salir por ahí. No importa si sabe que estamos aquí o no.

Thomas toma una respiración profunda. —Tienes razón. Podríamos intentarlo.

—¡Llama por él, Thomas! —exclama Jennie de repente— ¡Solo llámalo!

Ambos miran a la chica sudorosa y febril en el suelo. Es casi como si hubiera estado siguiendo la conversación, pero es evidente para Thomas que simplemente está delirando.

Dan comienza a sollozar.

Thomas extiende la mano y le aprieta el hombro. —Todavía podemos llevarla al hospital. Tan pronto como salgamos de aquí, corremos directamente al coche—, y...

Dan lo mira, con lágrimas en los ojos. —Conozco las reglas, ¿sabes?—

Thomas no puede pensar en nada más que decir.

Jennie tiembla de nuevo.

—¿Deberíamos simplemente... dejarla? —pregunta Dan, parpadeando mientras una mosca aterriza en su mejilla— Si salimos de aquí, quiero decir.

—Creo que tal vez tengamos que hacerlo por ahora, de todos modos. Una vez que contactemos a la policía, tendrán que venir a buscarla.

—¿Crees que todavía hay policía?— pregunta Dan

—¿Por qué no debería haberla?— dice Thomas

Dan encoge los hombros. —Porque probablemente el mundo se está acabando—.

La boca de Thomas se abre. Ni siquiera se le ha cruzado por la mente esa idea. ¿Y si Dan tiene razón? ¿Y si esto es el apocalipsis zombie? Incluso si logran salir de aquí, podrían encontrarse con un mundo donde todo se está desmoronando, donde los zombies están tomando el control rápidamente y donde los supervivientes restantes están luchando por mantenerse con vida. De repente, su lengua se siente demasiado grande y pegajosa.

«¿Qué pasa con papá? ¿O mamá? ¿O Christian? ¿O todos los chicos del trabajo? ¿Están caminando ahora mismo como zombies?»

—Más vale que no pensemos en eso ahora mismo —logra decir, apartando las imágenes de su cabeza—. Primero tenemos que concentrarnos en salir de este maldito sótano.

—De acuerdo, pero...—Dan mira a su hermana—. ¿Y si no podemos abrir la escotilla?

Thomas capta su idea. —Entonces tendremos que atarla.

Dan se siente mal solo de pensarlo, pero asiente valientemente.

Thomas se acerca a la escalera y mira hacia arriba. Luego, llama: —¿Hola? ¿Nos puedes escuchar ahí arriba?

Escuchan.

Jennie murmura algo.

Thomas puede oír los pasos cruzando el suelo. Se detienen justo encima de la escotilla. Unos segundos de silencio total siguen.

—¡Estamos aquí abajo! —grita Thomas— ¡En el sótano! ¡Justo debajo de ti!

Escuchan de nuevo. Otro segundo o dos pasan en silencio.

Entonces, hay sonidos de dos golpes amortiguados. Thomas imagina cómo la persona cae de rodillas. Ruega para que quien esté ahí arriba le responda en el próximo segundo o dos, o al menos comience a trabajar en la cerradura.

Pero es un sonido completamente diferente el que viene de la escotilla.

El sonido de uñas rasgando.

Thomas siente cómo su corazón se hunde. Gira la cabeza para mirar a Dan.

La expresión esperanzada en el rostro de Dan se desmorona lentamente. —Oh, no —respira—. Es otro zombie...

SEIS

Dan mira a su alrededor. —¿Qué crees que pasó aquí?

Thomas trata de no mirar a los animales destripados. —Algo realmente jodido.

—Casi parece un sacrificio —continúa Dan.

Thomas encoge los hombros. Ya casi se ha acostumbrado al hedor y las moscas que constantemente le aterrizan. —Tal vez ella era una bruja o algo así —.

Dan se acerca a la mesa. Tiene una amplia gama de frascos y potes, piedras, cristales y figurillas de madera. Hay una fila de cráneos de pájaros y un libro antiguo y grueso. Dan lo abre y pasa las páginas.

—¿Qué dice? —pregunta Thomas.

—No lo sé, no está escrito en danés.

—¿Es inglés?

—No, no es un idioma que haya visto nunca. Pero tiene algunas ilustraciones bastante enfermas.

Thomas intenta decir algo, pero en lugar de eso comienza a toser. —Dios, realmente podría usar un vaso de agua en este momento. Tengo la garganta seca como la arena.

—Observa esto —murmura Dan, aún pasando las páginas del libro—. Creo que ella lo usaba cuando hacía el ritual.

Thomas va a ver. Dan se detiene en una página con un solo dibujo grande que se asemeja a la alineación en la habitación. Hay muchas palabras incomprensibles escritas alrededor de la ilustración.

—¿Para qué crees que hayan hecho el ritual? —pregunta Dan.

—No tengo idea. No fui a Hogwarts.

Dan no parece escuchar la broma. Simplemente comienza a pasar las páginas nuevamente.

Thomas va a revisar a Jennie. Ella está quieta, y casi parece que está durmiendo normalmente. Pero cuando se agacha para sentir su mejilla, encuentra que está ardiendo. Su brazo está oscuro e hinchado, la piel anormalmente distendida y brillante. La infección obviamente ya ha llegado a los dedos, que están gruesos como salchichas.

Un recuerdo le viene a la mente. Esa noche se encontraron en la discoteca. Recuerda la sensación de cosquilleo en su estómago cuando Jennie deslizó sus dedos entre los suyos. Siente un profundo pinchazo de dolor y compasión.

«No pienses en eso ahora».

Se endereza y respira profundamente. De repente, solo quiere salir de aquí. Ahora mismo. — Tenemos que elegir uno de los caminos, Dan —dice firmemente—. Voto por la escotilla. Si solo hay un niño arriba, será más fácil para nosotros pasar. Además, si rompemos la escotilla, probablemente caerá. Si tenemos suerte, se romperá las piernas.

Dan asiente. —Tienes razón. Vamos a intentarlo.

—Quizás necesitemos buscar algo para usar como arma...

—¿Qué tal esto? —Dan toma algo de la mesa que Thomas no había notado hasta ahora. Es un cuchillo enorme, la hoja negra con sangre seca.

—¡Santo cielo! Es el cuchillo más grande que he visto.

—Lo sé, estaba justo aquí, al lado del libro. Creo que lo usaba para desollar a los animales.

—De acuerdo, ahora solo necesitamos algo para abrirnos paso a través de la escotilla. Supongo que esta es nuestra mejor opción —Toma el tubo de hierro y se acerca a la escalera. Echa un vistazo a Dan—. ¿Podrías vigilar a tu hermana?

Dan asiente, con el rostro solemne.

Thomas sube unos pocos escalones por la escalera y comienza a golpear el tubo contra la escotilla. Está hecha de madera y tomará bastante tiempo romperla; sus golpes solo dejan pequeñas marcas.

Después de un minuto más o menos, hace una pausa y descansa su brazo. Desde el otro lado de la escotilla puede escuchar que los rasguños se han vuelto más rápidos y más fuertes.

«Me está ayudando», piensa Thomas, y casi estalla en risas. «Está tratando de abrirse paso desde el otro lado».

Dan ha traído el libro y ahora está sentado junto a Jennie estudiándolo.

—¿Dan?

Él levanta la vista. —¿Sí?

—Tal vez no deberías... ya sabes, estar tan cerca de ella.

Dan mira a su hermana, luego se aleja unos metros.

SIETE

Thomas ha estado golpeando la escotilla durante algunos minutos cuando Dan habla.

Thomas se detiene y lo mira. —¿Qué es eso?

—Ella ha escrito algo en danés —dice, señalando un lugar en el libro—. Está en las últimas páginas.

—Vaya —dice Thomas, sin sentirse particularmente interesado. Pequeñas astillas han empezado a desprenderse de la escotilla. Está aproximadamente a la mitad, y se ha ganado un breve descanso, así que coloca el tubo bajo su brazo y descansa sus manos. Han aparecido un par de ampollas dolorosas en sus palmas.

—Es muy confuso —continúa Dan, frunciendo el ceño—. Pero creo que descubrí para qué era el ritual. Escucha esto ... —Comienza a leer en voz alta—. Se necesitan siete vidas. Su sangre debe fluir de ellos y encontrar su camino a las nuevas venas donde una vez fluía cálidamente pero ahora se ha vuelto fría. Una vez más fluirá con calor y vida... —Dan levanta la mirada en este punto, asintiendo hacia la mesa—. Creo que los animales eran sacrificios. Los mató para dar vida a algo más.

—Pero solo hay seis de ellos —señala Thomas—. ¿Dónde está el séptimo?

Dan traga audiblemente— Escucha esto. Más abajo dice ... Oh, mi querido amado. Tú, el niño más hermoso. Tu Pequeño Ángel Bueno está muerto y se ha ido, pero tu Gran Ángel Bueno nunca puede morir. Es mi culpa. Toma mi sangre para que puedas volver a vivir.

El silencio cae sobre el sótano, mientras Dan se detiene, excepto por los ruidos de rasguño desde la escotilla y la respiración agitada de Jennie.

—Así que había un niño —murmura Thomas—. ¿Y murió?

—Sí, creo que sí. Quizás hubo un accidente. Y luego la mujer usó este ritual para devolverle la vida al niño. Necesitaba siete sacrificios, y el séptimo...

—... fue ella misma —concluye Thomas—. Maldición. Es como algo sacado de una película de terror.

—Lo último que escribió fue: Despierta, mi más querido. Supongo que fue justo antes de hacerlo.

Thomas señala la escotilla. —Entonces, ¿ese es el niño allí arriba?

—Creo que sí, sí.

Thomas intenta procesar la información. —Supongo que es una buena noticia, entonces.

Dan parece desconcertado. —¿Cómo es eso?

—Porque aquí es donde comenzó. Significa que el mundo no se ha terminado. Sólo esta casa.

—Pero no sabemos si han estado fuera de la casa.— comenta Dan

—Si lo hubieran estado, ¿por qué habrían regresado? Creo que han estado atrapados aquí hasta que pasamos. Ninguno de ellos pudo abrir una puerta o una ventana—.

Dan no parece exactamente emocionado. —Entonces nadie más que nosotros lo sabe. Y si morimos, habrá tres zombies más en esta casa. Así que cuando el próximo pobre tipo aparezca... no lo sabrán hasta que sea demasiado tarde, y los zombies saldrán.

Thomas piensa por un momento. —Tienes razón. Supongo que depende de nosotros. No podemos dejarlos escapar. Necesitamos encontrar una manera de mantenerlos aquí, hasta que podamos comunicarnos con la policía, y...

Es interrumpido cuando Jennie de repente emite un suspiro fuerte y sibilante. No abre los ojos, pero su rostro se retuerce en una mueca dolorosa. Las moscas se arrastran sobre ella.

—No pasará mucho tiempo —murmura Thomas—. Necesitamos encontrar algo para atarla.

Baja de la escalera y va a la primera habitación para buscar algo con lo que puedan atar a Jennie. Lo mejor que puede encontrar es un trozo de cable. De vuelta en la otra habitación encuentra un antiguo y oxidado calentador eléctrico montado en la pared.

—Ayúdame a moverla, Dan.

Juntos, los chicos arrastran suavemente a Jennie por el suelo. Es fácil, ya que de repente se ha vuelto completamente relajada y tranquila de nuevo. Su piel ya no está particularmente caliente. Thomas supone que ha caído en coma. Le sorprende la rapidez de la infección.

Tensa el cable para probar su resistencia. Parece muy fuerte, así que ata un extremo al calentador, asegurándose de hacer unos nudos adicionales solo para estar seguro.

Aquí es donde siempre meten la pata en las películas. Algún idiota no ata correctamente la cuerda, así que el nudo se desata cuando el zombie despierta y comienza a tirar.

Thomas ata el otro extremo de la cuerda al tobillo de Jennie y lo aprieta lo más posible, con tres nudos fuertes.

Dan mira a su hermana, con una expresión de dolor en su rostro. —¿Cuánto crees que tardará?

Thomas extiende la mano para sentir su pulso. Es muy débil. —No mucho —susurra—. Es mejor que mantengamos nuestra distancia a partir de este momento. ¿Tú... uhm... quieres despedirte?

Dan aprieta firmemente los labios. Se arrodilla frente a Jennie. Thomas no quiere mirar, así que da la espalda, pero aún puede escuchar a Dan susurrar.

—¿Jennie? No sé si puedes escucharme, pero... espero que sí. Realmente lamento que esto haya tenido que pasar. Ojalá pudiera hacerlo mejor. Tú... tú fuiste una buena hermana mayor para mí. La mayor parte del tiempo, al menos —Suenan lloroso—. Y por cierto... fui yo quien escondió tu teléfono esa vez que no lo encontraste durante tres días. Lo hice porque estaba enojado contigo. Lo siento.

Dan se pone de pie y se limpia los ojos con la manga de su camiseta.

—Lo siento, Dan. No merecía morir.

Dan asiente y se acerca a la mesa.

Thomas se queda con Jennie por un momento, mirándola, sintiendo que necesita decir algo, pero sin estar seguro de qué. Decir "te quiero" parece tan cursi, tan de película. En su lugar, solo susurra: —Adiós, Jennie. Siento tener que dejarte así, de esta manera.

Está a punto de darse la vuelta, cuando nota algo diferente en ella. Se arrodilla y pone un dedo bajo su nariz. No hay viento. Jennie ya no está respirando. Voltea la cabeza y mira a Dan.

Dan lo mira fijamente, moviendo su peso de un pie a otro. —¿Está... está muerta?

Thomas asiente.

Dan rompe a llorar. Se desploma en el suelo y solloza en sus manos. —¿Por qué está pasando esto? ¿Por qué nosotros? ¿No podía haber sido otra persona la que tuviera que sacar esos estúpidos periódicos?

Thomas siente un nudo en la garganta. Todo es demasiado surrealista para asimilarlo. Ha pasado demasiado rápido. No puede creer que Jennie realmente se haya ido. De repente siente que todo comienza a girar detrás de sus ojos. Siente un fuerte dolor de cabeza que late justo debajo de sus sienes. Nunca ha tenido tanta sed en su vida.

Va y recoge el tubo y vuelve a golpear la escotilla una vez más. Entonces, Dan llama su nombre.

Thomas se da la vuelta. Dan está parado a unos metros de distancia, rígido como un palo, señalando a Jennie.

Jennie está tendida en la misma posición; no se ha movido ni un centímetro. Pero sus ojos están abiertos. Están mirando hacia el techo.

Están en blanco.

Pero vivos.

OCHO

Dan asiente.

Thomas se vuelve hacia la escotilla en el techo. El brazo de la chica zombi todavía está buscando algo para agarrar. Dirige otro golpe hacia la escotilla. Los dedos de la chica zombi rozan la parte posterior de su mano.

—Mierda —murmura y se aleja— Casi me araña... ¡Aléjate!— Golpea a la zombi en la mano, con fuerza. Eso sólo hace que ella busque con más ahínco.

—Thomas —dice Dan, su voz suena extrañamente irreal—. Creo que el calentador se está soltando.

Thomas gira la cabeza. El cable alrededor de la pierna de Jennie todavía parece estar en muy buena forma. Pero el calentador eléctrico, al que lo ató, se ha desprendido de la pared en un extremo. Ahora cuelga torcido de la pared, amenazando con desprenderse por completo con cada tirón de la pierna de Jennie.

«Maldición, maldición, maldición. ¿Por qué no se me ocurrió comprobar que esa cosa estúpida estaba firmemente sujeta a la pared?»

Desesperadamente, vuelve a la escotilla, golpeándola tres veces seguidas, la madera cruje con cada golpe. La chica zombi agarra el tubo, pero atrapa la muñeca de Thomas en su lugar.

Él grita y retira la mano, mirándola. No hay marcas de arañazos. Pero fue un susto de verdad.

Jennie suelta un gemido detrás de él. Ella tira con más entusiasmo ahora. Como si pudiera sentir que está casi libre. El calentador cuelga de una bisagra obstinada ahora.

Solo hay una cosa que hacer.

Thomas salta de la escalera y se acerca a Jennie. —Mira para otro lado, Dan.

—¿Qué vas a hacer? —Dan se aclara la garganta.

—¡Mira para otro lado!

Dan se gira.

Thomas aprieta el tubo. Mira hacia abajo, sin querer enfrentarse a Jennie. «Vamos. Puedes hacerlo. Ya no es Jennie. No mires. No es Jennie».

Cuenta hasta tres. Luego da un paso adelante y levanta el tubo. Justo cuando lo balancea, sus ojos se encuentran con los de Jennie. Eso resta algo de fuerza al golpe. Pero aún así alcanza su objetivo con un golpe audible.

Jennie tropieza hacia un lado y cae de rodillas. Sin embargo, parece no importarle. Simplemente se levanta y reanuda su incansable esfuerzo por alcanzarlo.

«¡No mires!»

Pero no puede evitarlo. Mira el rostro de Jennie. Se ve completamente mal. Como si su cráneo estuviera deformado. El pómulos está presionado hacia adentro, la piel debajo del ojo está abultada, haciendo que el ojo se cierre. Su boca está contorsionada en una mueca torcida.

«¡Santo cielo... qué hice!»

Thomas siente que la náusea sube por su garganta. Suelta el tubo con un ruido metálico. No puede golpearla de nuevo. De ninguna manera.

Se aprieta los dedos en las sienes. «¿Qué hacemos? ¿Qué demonios hacemos?»

Mira hacia arriba, hacia la escotilla de nuevo, y se le ocurre una idea. Es una locura. Pero podría funcionar. Y está bastante seguro de que puede hacerlo. Después de todo, no conocía a la chica zombi como conocía a Jennie. Ni siquiera ha visto su rostro. No se sentiría personal. Al menos eso espera.

—Dan —murmura—. Pásame el cuchillo.

Mientras Dan va a la mesa a buscar el cuchillo, Thomas usa el tubo para alcanzar la toalla que Jennie había estado usando como almohada antes de morir. Ella busca alcanzarlo con avidez, pero él se asegura de mantener una distancia segura.

—Necesito tu ayuda —le dice a Dan—. Atraparé su brazo con esta toalla, para que no pueda arañarnos. Luego tú lo sujetas mientras yo corto.

—¿Cortar? —pregunta Dan, luciendo confundido por un momento, pero luego comprende, y su expresión se convierte en horror. Aun así, asiente valientemente.

Thomas se acerca a la escotilla y usa la toalla para atrapar el brazo que se agita. La niña zombi comienza a forcejear, pero Thomas logra envolver la mano firmemente.

—Aquí —dice por encima del hombro— ¡Agárrala!

Dan se acerca, extiende la mano titubeante y agarra la toalla.

—Afirma bien —Exige Thomas. Cuando se asegura de que Dan tiene un agarre seguro, suelta la toalla, se agacha y toma el cuchillo. Subiendo de nuevo por la escalera, murmura: —Bien. Bien, aquí vamos.

Elige un lugar justo debajo del codo y pone la hoja en la piel. Toma aire. Su estómago parece que podría dar la vuelta en cualquier momento. Intenta no pensar en las fotos del álbum.

«Hazlo. Tu vida y la de Dan dependen de ello. ¡Hazlo ahora!»

Thomas cierra los ojos y corta. La hoja se hunde en el brazo demasiado fácilmente. Corta la carne muerta como si fuera mantequilla. Siente el líquido frío brotando, empapando su mano y goteando sobre su camiseta. No hay reacción audible de la niña zombi, e incluso ella no intenta retirar su brazo. Simplemente sigue luchando por liberarse de la toalla para poder agarrar a uno de ellos.

Thomas corta aún más profundo y siente el cuchillo golpear algo duro. Es el hueso. Corta con fuerza y empuja con todas sus fuerzas, moviendo el cuchillo de un lado a otro en un movimiento de sierra. No cede, así que aumenta la presión aún más, agarrando el cuchillo con ambas manos, inclinándose hacia un lado, poniendo todo su cuerpo en la tarea.

—Vamos, vamos —gruñe alguien, y Thomas se da cuenta de que es él. Sus brazos tiemblan, sus músculos duelen por el esfuerzo. El gruñido de la niña zombi llena sus oídos.

Entonces, de repente, se escucha un fuerte crujido cuando el hueso cede. Es más debido a la presión que al cuchillo.

Thomas suelta el cuchillo y cae al suelo. Dan suelta la toalla y retrocede. Thomas levanta la vista, esperando ver un muñón ensangrentado donde solía estar el brazo. Pero el brazo todavía está ahí, todavía unido. Ahora simplemente cuelga impotentemente desde el agujero en la escotilla. Los dedos no parecen poder abrirse ni cerrarse más. Un fluido rojo oscuro brota de la herida y gotea al suelo.

—Listo, es suficiente— se oye decir Thomas a sí mismo, mientras traga varias veces en un esfuerzo por contener la náusea—. Ahora no puede arañarnos.

Thomas recoge el tubo, sintiéndose más como un sonámbulo que como una persona despierta, y comienza a golpear la escotilla una vez más. La niña zombi todavía está gruñendo e intentando agarrarlo, pero el brazo roto es tan útil como una manguera de jardín con un guante de goma al final.

De repente, Dan se da la vuelta y vomita en el suelo.

Thomas lanza una mirada a Jennie. Casi, asombrosamente, la había olvidado mientras se concentraba en la niña zombi. El último tornillo del radiador aún se mantiene. Si tienen suerte,

aguantará lo suficiente como para que puedan salir.

Justo cuando vuelve a dirigir su atención hacia la escotilla, el brazo ensangrentado desaparece de nuevo a través del agujero.

—¡No! —grita— ¡No, no lo jodas! ¡No pongas tu otro brazo aquí abajo! ¡Te reto, maldita sea!

La idea de tener que romper el otro brazo de la niña zombi es demasiado para soportar.

Pero el brazo no aparece. Nada aparece. En cambio, puede escuchar a la niña zombi levantándose y alejarse de la escotilla.

Dan ha terminado de vomitar y se limpia la boca con la manga. —¿A dónde fue?— pregunta aclarándose la garganta.

—No tengo ni idea.

Ahora llega un nuevo sonido a través del agujero: es un ruido de raspado lastimero. Como uñas en vidrio. Thomas tarda unos segundos en entender qué está haciendo la niña zombi.

—Fue a la ventana —murmura—. Tal vez... Tal vez vio algo —Se gira y señala— Revisa las ventanas en la otra habitación, Dan.

Dan se desliza alrededor de Jennie, quien intenta alcanzarlo, y pasa a través del agujero en la pared. Thomas contiene la respiración esperando. Pasan unos segundos. Luego Dan grita: —¡Un coche! ¡Thomas, puedo ver un coche! ¡Alguien viene!

Thomas siente que su corazón salta.

En ese preciso momento, algo sucede que cambia completamente la situación dentro del sótano lleno de vapor: el último tornillo cede y el radiador se suelta.

NUEVE

La atmósfera dentro del automóvil es mucho más fresca que el aire afuera. Y no es solo por el aire acondicionado.

—¿Podrías al menos poner una sonrisa para cuando la veamos? —Janjak pregunta, mirando de reojo a Linda.

Linda finge que no lo escucha, manteniendo su mirada firmemente en el camino de grava y la casa que se acerca.

—Quiero decir, no hay razón para que ella sepa que hemos estado discutiendo.

—No es discutir —murmura Linda— No cuando están gritándose el uno al otro. Eso se llama pelear.

Janjak suspira, pasando una mano por su frente. Su habitual tez marrón cacao se ha vuelto casi negra gracias al abrasador sol del verano. A Linda no le gusta lo fácil que él se broncea; simplemente la hace lucir aún más pálida.

—De acuerdo, como quieras —dice él—. Sólo no quiero que se preocupe.

—Sé que no quieres.

—¿Qué se supone que significa eso?

Linda niega con la cabeza.

—¿Eh? —él insiste, mirando de la carretera a ella y de vuelta, un tono de molestia volviendo a su voz— No te cierres así. Dime qué...

—¡Está bien! —explota Linda— ¿Quieres escuchar lo que pienso? Creo que eres demasiado protector con ella.

—Oh, esa vieja canción otra vez...

—Sí, esa vieja canción. No has tenido noticias de ella en ¿qué, un par de horas? Y desechas nuestro fin de semana juntos para correr a su lado.

—Han pasado más que un par de horas —dice él— Y tú no tenías que venir.

—¿Así que debería haberme quedado sola en la cabaña?

—Mira, ella prometió llamarme ayer pero no lo hizo, y esta mañana no pude comunicarme con ella.

—La señal es terrible aquí fuera, ya lo sabes.

—Pero ¿por qué no llamó mi madre, entonces?

—Probablemente se olvidó. Ese no es el punto. El punto es que siempre la pones primero.

Janjak extiende una mano. —¡Por supuesto que lo hago! ¡Ella es mi hija!

—Y yo soy tu esposa. De vez en cuando, sería agradable ser la que recibe... —Linda se interrumpe al darse cuenta de lo patética que sonaría.

Odia estar en competencia con la chica, odia tener que luchar por el afecto de Janjak. Y se odia a sí misma por realmente llegar a despreciar a la chica a veces.

—Está bien, mira —dice él—. Solo dejemos esto para después, ¿de acuerdo? Todo lo que estoy diciendo es que no veo sentido en pelear cuando ella está cerca. Sería... huh.

Linda lo mira. —¿Qué?

Él asiente hacia adelante. —Alguien está aquí.

Linda mira por la ventana delantera mientras entran al patio. Otro coche está estacionado en la grava, y Janjak se detiene junto a él.

—¿Quién es? —pregunta Linda.

—No tengo ni idea, nunca he visto ese coche antes.

Apaga el motor y Linda se desabrocha.

—Espera —dice él, poniendo una mano en su brazo—. Está mirando hacia la casa, frunciendo el ceño. —Podría ser mejor que esperes aquí afuera.

—¿Por qué? —pregunta Linda.

—Solo porque no sabemos a quién pertenece ese coche.

Linda mira del coche extraño a la casa, notando que la puerta principal está abierta de par en par. —Tú no... no crees que podría ser... ¿un robo en la casa?

—No lo sé. Probablemente no sea nada. Permíteme verificarlo primero, ¿de acuerdo?

Linda asiente, notando distraídamente cómo su estado de ánimo ha cambiado por completo en cuestión de segundos. La forma en que de repente actúa protector con ella le recuerda por qué se enamoró de él.

—No crees... ¿no crees que deberíamos tal vez... llamar a alguien? —sugiere.

—Probablemente no sea nada —repite él, ofreciéndole una breve sonrisa—. No queríamos llamar a la policía sin una buena razón. Permíteme solo echar un vistazo, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que son solo invitados amistosos.

Linda asiente, aunque no siente ganas de hacerlo.

Janjak abre la puerta, y de repente ella es presa de un fuerte sentido de temor. La hace alcanzarlo y agarrarlo por la camisa.

—¡Janjak!

Él la mira de nuevo. —¿Sí?

Ella quiere decir “ten cuidado”, pero eso es una línea tan cliché de película, así que en cambio dice: —Lo siento.

Él le sonríe de vuelta, mostrando parte de sus grandes dientes blancos. —No te preocupes. Estaré de vuelta enseguida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Él sale del coche y cierra la puerta tras él. Camina hacia la casa, tomándose su tiempo, observando casualmente los alrededores.

Luego desaparece dentro.

Linda lo mira.

El sentido de temor regresa, llenando su pecho.

No puede sacudirlo.

No puede sacudir la sensación de que acaba de ver a su esposo vivo por última vez.

DIEZ

—¿Hola?

Su voz se apaga rápidamente en el silencio de la casa. Observa brevemente alrededor de la despensa, no encontrando nada fuera de lo común. Los zapatos de Nadia están allí, lo que significa que probablemente está en la casa. Lo cual debería hacer que estuviera menos preocupado.

—¿Nadia? —llama, entrando en la cocina— ¿Cariño? ¿Estás ahí?

Aún así, no hay respuesta.

Camina por la cocina y entra en la sala de estar. —¿Mamá? —llama— ¿Estás en casa?

Extrañamente, aún no hay respuesta.

Además del dormitorio, solo está el piso de arriba. Si su mamá y Nadia están allí arriba, probablemente no pueden escucharlo llamar.

Está a punto de dirigirse hacia las escaleras cuando se detiene y mira a través de la sala de estar. No lo notó de inmediato, porque la habitación ya estaba llena de las cosas extrañas de su madre. Pero muchas cosas están volcadas y los muebles están desplazados.

Janjak siente que su estómago se tensa.

Parece como si una pelea hubiera ocurrido aquí.

«Oh, no ... por favor, que no le haya pasado nada a mi niña ...».

Entonces lo escucha. Un sonido desde abajo.

Janjak mira hacia abajo, como si intentara ver a través de la alfombra y las tablas debajo.

Hay un sótano antiguo allí abajo; recuerda haber jugado allí cuando era niño. Pero hasta donde Janjak sabe, el sótano nunca se ha utilizado para nada más que para almacenar cosas viejas, y su madre lo regañó severamente por meterse allí.

Hay otro sonido desde el sótano; alguien diciendo algo con voz tensa. Janjak no puede distinguir las palabras, y tampoco puede reconocer la voz.

¿Qué diablos está pasando aquí?

Se dirige hacia la puerta de las escaleras a través de la sala de estar. Justo cuando está a punto de abrirla, nota el sonido desde otra puerta un poco más lejos: la puerta del dormitorio.

Suena como si alguien estuviera raspando al otro lado.

Janjak frunce el ceño. —¿Quién está ahí adentro? —llama.

No hay respuesta, pero el raspado se vuelve más ansioso.

Da un paso más cerca, se detiene, escucha.

Un gruñido bajo y gutural se mezcla con el raspado de uñas. Los ruidos provienen de la parte inferior de la puerta. Quien sea que esté al otro lado no es muy alto.

—¿Nadia? respira. —Voy, cariño.

Janjak gira la manilla.

Y comienza a gritar.

ONCE

La persona frente a él es su hija. Y al mismo tiempo, no lo es. O tal vez es más preciso decir que la persona solía ser su hija.

Una mirada a sus ojos es suficiente para convencer a Janjak con absoluta certeza de que Nadia ya no habita el cuerpo corto y delgado que conoce tan bien.

Ella lleva puesta su pijama y está descalza. Su piel marrón claro se ha vuelto gris ceniza, su hermoso cabello oscuro cuelga en hilos andrajosos.

La parte inferior de su rostro está manchada con algo oscuro que Janjak reconoce instintivamente como sangre. Como si hubiera estado bebiendo un galón de ella y derramado la mayor parte sobre sí misma.

Pero lo más desgarrador de ella es el brazo, que está claramente roto y también ha sido arrancado casi limpio. Una gran y desgarradora herida sobre el codo revela el hueso blanco debajo.

Sin embargo, a Nadia no parece importarle demasiado la lesión, ya que simplemente se tambalea hacia los brazos de Janjak.

Parte de él quiere retroceder, quiere apartarla, correr y salir de aquí. Pero una parte más profunda, una parte que no se preocupa por su propia supervivencia, quiere abrazarla estrechamente, consolarla y llamar a alguien para ayudar a salvar su vida.

«¡Ya está muerta!» grita un pensamiento en su mente mientras su hija extiende su brazo aún funcionando, agarra su camisa y se acerca a él.

Por un momento, Janjak toma el gesto como una súplica de consuelo, e instintivamente pone sus brazos alrededor de ella. Luego siente el agudo dolor cuando ella muerde con fuerza la piel justo debajo de su plexo solar, sus diminutos dientes cortando directamente a través de la camisa.

—¡Ay! —exclama y trata de empujarla un poco hacia atrás, lo que solo hace que ella apriete con más fuerza, arrancando un gran pedazo de piel y camiseta.

—¡Deja eso, cariño! —se escucha a sí mismo decir, incluso cuando Nadia se lanza hacia adelante, gruñendo y mordiendo como un perro enojado.

Logra mantenerla a distancia, pero ella empuja con entusiasmo hacia adelante, obligándolo a retroceder. Pisa algo redondo y su pie resbala. Cae sobre su trasero con un grito de sorpresa. Nadia hace lo mismo, tambaleándose hacia sus brazos una vez más. Esta vez, ella es aún más rápida en morderlo, y toma un trozo más grande de piel.

Janjak grita de dolor y la empuja hacia atrás nuevamente, pero ella se retuerce y él no puede quitársela de encima y ella logra otra mordida, esta vez en su antebrazo.

—¡Detente, Nadia! ¡Detente! —su voz sigue repitiendo, incluso cuando sus pensamientos le dicen que esto no es Nadia, que esta cosa no tiene nada que ver con su amada hija, pero de alguna manera su cerebro no puede conectar completamente con ese hecho.

Logra apartarla lo suficiente como para que él se dé la vuelta y pueda gatear hacia la cocina. Mira hacia atrás y la ve venir tras él, gimiendo y gruñendo, sangre fresca goteando de su labio inferior, su sangre.

Gatea directamente hacia la isla de la cocina, golpeando su cabeza contra ella con suficiente fuerza para que su visión se vuelva borrosa; o tal vez sea por la pérdida de sangre, ya que las heridas de mordedura en su brazo y estómago están sangrando mucho ahora. Mira hacia abajo con bruma, ve el líquido rojo oscuro derramándose de él y coloreando el piso de baldosas.

Se da la vuelta y se sienta en el suelo, moviéndose lentamente como un sonámbulo, sus pensamientos se vuelven lentos mientras algo parecido al sueño se acerca. Y mientras ve la cosa que una vez fue su hija acercarse a él en un brazo como una araña torcida, solo puede pensar: ¿Por qué está pasando esto? ¿Qué hice para merecerlo?

Luego, deslizándose en una oscuridad liberadora, Janjak logra extender los brazos, no para apartarla, sino para recibirla.

—Está bien, cariño —murmura, sin darse cuenta de que las palabras salen de él mismo—. Papá está aquí ahora.

Lo último que ve mientras ella se arrastra hacia sus brazos y lo empuja hacia atrás es el techo de la cocina. Y lo último que escucha es el sonido de ella devorándolo vivo.

DOCE

Una vez más, todo se acelera. Como ver avanzar rápidamente una película.

Jennie se tambalea hacia Thomas, arrastrando el radiador ruidosamente detrás de ella.

Thomas todavía está de pie en el segundo escalón de la escalera. Se voltea justo a tiempo para verla, da un grito y salta a un lado. Las manos extendidas de Jennie solo atrapan la escalera. Thomas corre detrás del taburete más cercano, levantándolo y sosteniéndolo como un escudo. Un conejo desollado aún cuelga del asiento.

Jennie se le acerca, sin prestar la menor atención al taburete, incluso cuando Thomas lo empuja hacia ella, derribándola hacia atrás. Ella simplemente recupera el equilibrio y lo intenta de nuevo, gruñendo hambrientamente.

Thomas retrocede, chocando contra la mesa, girando en otra dirección. No se atreve a apartar los ojos de Jennie, mientras realizan una danza extraña: él retrocediendo, ella aún arrastrando el calentador con el cable. Thomas arroja el taburete a su rostro. Ella cae hacia atrás, pero inmediatamente intenta levantarse de nuevo. Thomas agarra el siguiente taburete, justo cuando nota la cabeza de Dan asomándose por el agujero en la pared.

—¡Cuidado! —grita Thomas— ¡Está libre!

Su advertencia es redundante; Dan tiene ojos. De hecho, tiene unos ojos muy grandes en este momento. Están mirando al cadáver reanimado de su hermana mayor, ahora sintiendo su presencia y dándose la vuelta para acercarse a él, sus dedos delgados alcanzándolo, su boca gorgoteando ansiosamente.

—¡Por el amor de Dios, Dan! ¡Apártate!

Esta vez, la advertencia no es redundante, ya que saca a Dan de su trance temporal. Desaparece a través del agujero un segundo antes de que Jennie se incline torpemente y trate de seguirlo.

—Oh, mierda! ¡Él permanecerá atrapado allí dentro! No hay espacio para moverse alrededor de ella...

La mirada de Thomas cae en el radiador aún atado a la pierna de Jennie. Salta hacia adelante, lo agarra y tira con fuerza.

Su pierna se mueve hacia atrás, haciendo que se deslice en una dolorosa apertura. Con un gruñido, ella intenta arrastrarse, pero Thomas tira del radiador nuevamente, arrastrándola unos metros lejos de la pared. Jennie agita los brazos, arañando el suelo de concreto, como si intentara arrastrarse hacia adelante.

Thomas tira de nuevo, y el cable se rompe, enviándolo hacia atrás hacia un taburete. Jennie, finalmente libre de su ancla, se arrastra ansiosamente hacia adelante y se desliza a través del agujero en la pared.

—¡Oh, mierda ... Dan! ¡Va hacia ti!

—¡Estoy a salvo! —La voz de Dan responde desde adentro— Al menos eso creo ...

Thomas avanza cuidadosamente hacia el agujero y mira hacia la otra habitación. Jennie se ha puesto de pie y se está abriendo paso entre el laberinto de muebles antiguos y chatarra. Choca contra cosas, derribando cosas al suelo, pero sigue avanzando determinadamente hacia el rincón lejano, donde hay un tocador grande. Por un momento, Thomas cree que Dan debe haberse encerrado dentro del tocador, pero luego lo ve encima de él. Hay poco más de medio metro entre el tocador y el techo, pero Dan ha logrado meterse en el espacio estrecho.

Jennie alcanza el tocador y se estira. Las puntas de sus dedos están a diez pulgadas del borde superior del tocador.

—Ella ... ella no puede alcanzarme —dice Dan, luciendo como si pudiera reír o llorar en cualquier momento.

Entonces, hay un grito fuerte y aterrorizado desde arriba.

Thomas mira hacia el techo, luego hacia Dan. —Creo que nuestros invitados se han encontrado con el niño zombi.

TRECE

—¡Necesito seguir adelante! —dice Thomas a Dan— ¿Estás bien?

Jennie sigue parada junto al tocador, estirando los brazos en el aire, como una fan tratando de tocar a su ídolo en el escenario. Gime y da unos pasos de un lado a otro, pero no hace ningún esfuerzo por encontrar una manera de llegar a Dan.

—¿Tengo opción? —pregunta Dan sombríamente— Está bien, solo ve. Aguantaré hasta que encuentres ayuda.

—De acuerdo. Si pasa algo, grita lo más fuerte que puedas.

—Así lo haré.

Thomas echa una última mirada a Jennie. Está completamente absorta con Dan y parece que no se cansará de él en un futuro cercano. Thomas está a punto de darse la vuelta cuando algo le viene a la mente. —¿Dan? —dice— Ya no es tu hermana.

Dan lo mira en blanco desde el otro lado de la habitación. —Lo sé.

—Es solo que... no te dejes tentar a... ya sabes... tocarla o algo así. ¿De acuerdo?

Dan le envía una débil sonrisa pálida. —No te preocupes.

—De acuerdo. Volveré pronto. Aguanta.

Corre hacia la escalera, sube y se detiene por un momento para escuchar. En algún lugar de arriba, puede escuchar pasos corriendo y la voz de un hombre gritando, pero parece venir de más lejos, probablemente en otra habitación. Ahora que el niño zombie ya no está justo encima de él, no necesita romper la trampilla; simplemente puede alcanzar con el brazo a través del agujero y buscar a tientas la cerradura. La encuentra, la tira, y se oye un fuerte clic. Finalmente, puede empujar la trampilla hacia arriba.

Thomas asoma la cabeza en una habitación que parece muy alumbrada para sus ojos, aunque solo hay una ventana, y está cubierta con cortinas rojas. Es un dormitorio con una cama

individual. Puede ver más fotos familiares en las paredes. La puerta de la sala de estar está abierta. No puede ver ni escuchar nada desde allí. De hecho, la casa ha caído repentinamente en completo silencio.

Sube y cierra la trampilla detrás de él. Mientras avanza hacia la puerta, algo afilado le pincha el talón.

—¡Ay, maldición!

Levanta el pie y ve un trozo de vidrio roto sobresaliendo de la suela de su zapato. Con cuidado lo retira y lo tira a un lado. Se quita el zapato y revisa el daño. Solo un pequeño corte en el talón. Está sangrando un poco, pero nada grave. Mientras se vuelve a poner el zapato, finalmente nota los trozos de vidrio rotos esparcidos por el suelo de madera. También hay algo que alguna vez fueron flores, pero ahora están pisoteadas y hechas un puré. Casi todos los trozos de vidrio están pegajosos con algo oscuro, y puede distinguir pequeñas huellas oscuras por toda la habitación. Se imagina cómo debía haber un jarrón de vidrio con flores en la mesita de noche. Se imagina a la niña zombie entonces, derribando el jarrón de vidrio al suelo, rompiéndolo, y luego procedió a vagar en su inquieta búsqueda de algo para comer, durante lo que parece varias horas, tal vez incluso días, pisoteando los fragmentos, destrozando sus pies en jirones sangrientos.

Menos mal que ella no puede sentir nada.

Thomas se dirige hacia la puerta y mira hacia la sala de estar. Es un caos desordenado como lo recuerda, con sillas volcadas y cosas tiradas al suelo. También huele algo dulce y metálico.

Quien sea que haya abierto la puerta del dormitorio, dejó salir al niño zombie justo en sus propios brazos.

Thomas avanza por la habitación, notando las huellas de sangre en la alfombra. Un sonido llega hasta él, lo detiene en seco. Es un ruido húmedo y goloso. Como un niño comiendo boloñesa por primera vez y haciendo un desastre.

Viene de la cocina.

Thomas busca un arma a su alrededor. No pensó en traer el tubo. En cambio, agarra una gran roca de cristal rosa de un estante. Se siente satisfactoriamente pesada en su mano, dándole el valor para avanzar hacia la puerta que da a la cocina. Una vista espantosa lo espera.

En medio de la cocina, tendido en el suelo de vinilo, hay un hombre adulto. Su piel es oscura y lleva puestos shorts y una camiseta. Los colores de su ropa son difíciles de discernir, ya que están completamente empapados de sangre.

Su estómago está abierto. Le recuerda a Thomas algo que vio en un documental médico sobre cirugía a corazón abierto. Algo está saliendo del costado del cuerpo. Parece un trozo de salchicha

cruda con el relleno chupado. El resto del contenido del estómago del pobre hombre está oculto a la vista por la chica que está sentada de rodillas, devorándolo. Con una mano, excava ansiosamente en los intestinos del hombre, transportándolos a su boca y masticando ruidosamente. El otro brazo, que está roto, cuelga lánguidamente a su lado.

Aparentemente, este sistema de un solo brazo no está funcionando lo suficientemente rápido para satisfacer el apetito de la chica, porque de repente se inclina y simplemente entierra su rostro en el estómago del tipo.

Thomas respira firmemente por la nariz, lo que inmediatamente resulta un error, ya que solo intensifica el olor a sangre y carne. Sabe que necesita seguir adelante. Que todavía tiene prisa. Que el tipo en el suelo podría despertar en minutos, y entonces tendrá dos zombies con los que lidiar.

Así que, se desliza por la cocina lo más cerca posible de la pared. Sus ojos están fijos en la chica, y por eso no nota la botella de aceite de oliva tirada en el suelo. La pateo accidentalmente, y rueda por el suelo, golpeando la pata de la mesa con un fuerte ¡Clank!

Thomas se congela, levantando la piedra, listo para lanzarla a la chica zombie.

Pero ella no reacciona en absoluto al ruido; ni siquiera parpadea. Simplemente sigue comiendo.

Thomas respira aliviado. Se apresura. Sale de la cocina y entra en un pasillo. Hay un par de puertas cerradas. Al final está la despensa. Se recuerda a sí mismo el hecho de que no puede saber con certeza si hay alguien más en la casa, vivo o muerto. Así que mantiene la piedra de cristal en alto, listo para golpear a cualquiera que intente sorprenderlo.

Pasa por el pasillo sin que nadie lo haga, y encuentra la puerta principal abierta de par en par. Antes de salir de la casa, se lanza al fregadero de la despensa, abriendo el grifo y bebiendo ávidamente en grandes sorbos ruidosos hasta que su vientre parece estar a punto de estallar. Inmediatamente, se siente mejor.

Entonces, sale de la casa a plena luz del día. El sol aún está arriba, pero ha perdido algo de su poder. No tiene reloj, pero calcula que debe ser hora de cenar.

Su propio auto está estacionado donde lo dejó. La puerta del lado del conductor está abierta. Otro auto está estacionado junto a él. Está vacío.

Thomas saca su teléfono y trata de activar la pantalla, pero no sucede nada.

—Vamos, maldita sea —Intenta algunas veces más, antes de darse cuenta de que el teléfono está muerto. Debe haber gastado toda la batería intentando llamar al 911 cien veces en el sótano.

Dan dejó su teléfono en casa por accidente, y el de Jennie probablemente todavía esté en su bolsillo.

Lo que significa que su única opción es conducir en busca de ayuda. Corre hacia el auto, se mete, cierra la puerta y gira la llave, que todavía está en el encendido.

¡Nada más que un clic seco!

El auto está tan muerto como su teléfono. Se da cuenta de que el tanque de gasolina está en VACÍO.

«No me jodas. Olvidé apagar el motor cuando escuché a Dan gritar».

Frustrado, sale del auto y se dirige al otro. Agarra la puerta del conductor, pero la encuentra cerrada con llave. Va a revisar la puerta trasera y salta hacia atrás cuando aparece una cara dentro del auto.

CATORCE

—¡Mierda!

Thomas apenas logra mantenerse firme por pura fuerza de voluntad y no salir corriendo.

Una mujer está agachada en el piso del asiento trasero, obviamente tratando de hacerse invisible y obviamente no es un zombie, ya que su rostro está lleno de emociones; terror, sobre todo, mezclado con una buena dosis de shock. Ella apunta lo que parece ser una lima de uñas hacia él.

—¡Mantente alejado! —grita, su voz temblando— ¡Ya llamé a la policía! ¡Están en camino!

—Gracias a Dios —suspira Thomas, levantando las manos— No te haré daño. Solo soy...

—¡Aléjate del auto! —exige la mujer, apuñalando el aire con su improvisada arma. —¡Fuiste tú! ¡Lo mataste!

—No tuve nada que ver con lo que sucedió aquí. Solo estaba entregando el periódico.

La mujer parpadea, como si realmente no entendiera lo que está diciendo. Su cabello es rojo, su piel pálida y pecosa. Es mayor que él, tal vez tenga mediados de veintitantos años, y de alguna manera, parece vagamente familiar.

De repente, Thomas recuerda sobre los tres (pronto serán cuatro) zombies en la casa, y que dejó la puerta principal abierta de par en par. Se apresura a cerrarla. Cuando regresa al auto, la mujer está sentada en el asiento trasero. Sus ojos azules lo siguen con atención.

Entonces Thomas recuerda dónde la ha visto antes. En el álbum de fotos en el sótano.

—Eres su nuera —dice.

La mujer baja la ventanilla un poco y lo mira con los ojos entrecerrados. —¿Qué dijiste?

—La mujer que vivía aquí. Eres su nuera, ¿verdad?

Sus ojos aún están llenos de desconfianza. —¿Por qué dices “vivía”?

—Porque está muerta. Como el hombre y la niña, que —Thomas se interrumpe abruptamente, al darse cuenta de lo que está diciendo.

Pero es demasiado tarde. La cara de la mujer se desmorona en lágrimas.

«Eres un idiota. Ese era su esposo y su hija».

—Uhm... lo siento —murmura estúpidamente.

La mujer solamente solloza entre sus manos.

Thomas se frota la frente y cierra los ojos por un momento. Finalmente ha terminado. Casi, al menos. Pronto llegará la policía, y podrán controlar a los zombies. Si tan solo Dan pudiera aguantar unos minutos más...

—¿Qué es esto? —la mujer susurra entre sus sollozos— ¿Qué... qué les pasó?

—Se convirtieron en zombies —murmura Thomas—. Como en la televisión.

La mujer lo mira con ojos húmedos y una expresión como si se hubiera olvidado de que él estaba allí. —¿Qué?

—Tu suegra hizo algún ritual jodidamente extraño en el sótano. Creo que así comenzó todo. ¿Ella estaba metida en brujería o algo así?

—Vudú —susurra la mujer— Pero eso no es... eso no puede ser... —Comienza a llorar nuevamente—. Oh, Janjak...

Thomas no dice nada, y la mujer llora durante un minuto. Una abeja zumbadora se escucha pasar perezosamente. Thomas se concentra para escuchar si hay sirenas, pero no hay otro sonido más que el tranquilo aire de verano.

—¿La policía dijo cuándo vendrían? —pregunta— Mi amigo todavía está atrapado adentro.

La mujer se seca los ojos y niega con la cabeza. —Yo... yo no llamé a la policía.

Thomas la mira con incredulidad. —¿Qué? ¿Por qué demonios no?

—Dejé mi teléfono en casa para recargarlo.

—¡Maldición! Entonces, ¿por qué diablos dijiste...? —Gruñe— Olvídalo. Necesitamos buscar ayuda. Mi auto está sin gasolina, así que iremos en el tuyo.

Está a punto de ir al lado del conductor, cuando la mujer dice: —Mi esposo se llevó la llave con él.

Thomas se detiene y se golpea la frente. —Por supuesto que lo hizo. Esto solo se pone cada vez mejor. ¿Qué tal tu suegra? Ella debe tener un auto... —Mira a su alrededor, pero no ve ni auto ni garaje.

—Esther no tiene un auto.

Thomas agita el brazo. —¡Vamos! ¡No puedes vivir aquí sin un maldito auto! ¡Cristo! Bien, debes correr hasta la carretera. Al menos un par de autos deben pasar cada hora más o menos. Puedes detener a alguno de ellos y pedirles que llamen a ayuda.

La mujer niega firmemente con la cabeza. —¡No!

Thomas se acerca a la ventana, y ella retrocede como un animal asustado.

—Escucha, me corté el pie, así que no puedo hacerlo. Mi amigo allí adentro no ha bebido agua desde que llegamos aquí hace varias horas. Temo que pueda desmayarse o entrar en shock o algo así. Y luego mi novia probablemente ayudará a que así sea. Ella también... —Algo captura la mirada de la mujer detrás de Thomas mientras él habla, y ella gira la cabeza y grita.

Thomas se da la vuelta, listo para pelear, pero aún está solo en el patio, y la puerta principal sigue cerrada. Pero justo al lado hay una ventana alta y estrecha. Al otro lado, el tipo negro está presionando su rostro contra el cristal, sus ojos parpadeando vacíos en sus cuencas.

Entonces, también se ha despertado, piensa Thomas. Eso significa que Dan ahora está solo en la casa con cuatro zombies.

Como si sus pensamientos lo hubieran causado, la voz de Dan de repente grita: —¡Thomas! ¡Thomaaaas! ¡Ayyuuda!

QUINCE

Hay terror en la voz de Dan, pero para sorpresa de Thomas, el grito no viene desde dentro de la casa; viene de detrás de ella.

Thomas comienza a correr, ignorando el dolor de su pie herido. Rodea la esquina de la casa, pasa por una terraza, salta sobre un lecho de flores. Mientras corre, se pregunta cómo Dan ha logrado salir de la casa. Se detiene en el césped del jardín trasero y mira a su alrededor.

—¿Dan? —llama— ¿Dónde estás?

—¡Aquí!

Thomas se voltea. La ventana del sótano está medio oculta detrás de un par de dientes de león gigantes. El brazo de Dan está agitándose frenéticamente.

Thomas corre hacia allí y cae de rodillas. Tan pronto como mira hacia el sótano, puede decir que Jennie ha crecido dos pies más alto o ha encontrado algo para pararse, porque de repente puede mirar por encima del armario, y sus brazos están agarrando ávidamente a Dan, quien se está apretujando contra la ventana. Los dedos de Jennie tocan como si buscaran algo en sus zapatos.

—Casi puede alcanzarme —llora Dan— ¡Sácame de aquí, Thomas! ¡Ayúdame! ¡Hazla desaparecer!

—Está bien. No te preocupes, Dan, yo...

—¡Ayúdame! ¡Sácame!

Thomas estudia la ventana. Mide aproximadamente diez centímetros de ancho, es demasiado estrecha para que Dan se cuele por ella. La pared alrededor es de ladrillo. Incluso si pudiera encontrar un martillo y un cincel, le tomaría una eternidad ensanchar el agujero.

En cambio, busca algo más que usar. La mujer tenía un gran jardín lleno de vegetales, y hay algunas herramientas de jardinería tiradas por ahí. Thomas se levanta de un salto y va a buscar un

rastrillo.

—¡Ayúdame, Thomas! —llora Dan y lo agarra cuando regresa— ¡Tiene mi pie!

—Muévete —dice Thomas, forzando el rastrillo más allá de Dan— Y suelta mi brazo.

Dan suelta y se mueve ligeramente hacia un lado.

Jennie ha agarrado los cordones del zapato izquierdo de Dan y los está tirando. Thomas coloca la cabeza del rastrillo contra su garganta y la empuja hacia atrás. Ella se ve obligada a soltar el zapato de Dan. Gruñe, no hace ningún intento de quitar el rastrillo, solo busca las piernas de Dan, pero ahora están fuera de su alcance.

—Ella... ella volcó una caja —dice Dan, respirando rápido—. Es en lo que está parada. No... no creo... no creo que lo haya hecho a propósito, fue solo suerte. Por favor, sácame de aquí, Thomas.

—Lo estoy intentando —dice Thomas, concentrándose en el rastrillo, mientras Jennie se mueve de un lado a otro, tratando de encontrar una forma de alcanzar a Dan.

—Pero tendrás que salir por donde yo lo hice: por la ventana del techo.

Dan lo mira fijamente. —¿Y la otra zombie? ¿La niña?

—Ella está en algún lugar de la casa, y hay dos más. Pero no creo que ninguna esté en la habitación donde está la ventana en el techo.

Jennie se mueve hacia un lado, y el rastrillo se resbala de su cuello.

Dan grita cuando ella se inclina hacia adelante, casi agarrando su pie por sorpresa.

Thomas retrocede el rastrillo, lo planta en el pecho de Jennie esta vez, y la empuja hacia atrás una vez más. —Tienes que intentarlo —murmura—. No puedo sostenerla para siempre.

—E... está bien.

—Al contar hasta tres, la empujaré hacia atrás para que caiga. Tendrás que saltar y pasar junto a ella antes de que pueda levantarse de nuevo. ¿Listo?

Dan parece aterrado, pero Thomas puede decir cómo se recupera. —Estoy listo— susurra.

—Uno... dos... ¡tres! —Thomas empuja el rastrillo con todas sus fuerzas.

Jennie es empujada hacia atrás y cae. Arrastra una caja de trastos viejos consigo.

—¡Ahora, Dan!

Dan ya ha gateado hasta el borde del armario. Salta, y Thomas lo escucha aterrizar en el suelo de concreto. Suelta un grito fuerte y corto de dolor. Thomas siente que su propio corazón se congela.

Ella lo agarró...

Unos segundos de conmoción. Jennie gruñe. Luego Dan aparece, abriéndose paso por la habitación hacia el agujero en la pared. Está cojeando con una pierna.

—¿Te mordió? —grita Thomas.

Dan no lo escucha. Obviamente está enfocado en una sola cosa: salir de la habitación.

Detrás de él, Jennie aparece, poniéndose de pie.

—¡Hey! —Thomas grita, golpeando la parte superior del armario con el rastrillo— ¡Hey, Jennie! ¡Estoy aquí! ¡Mírame!

Jennie ni siquiera parece registrar su voz. Simplemente se tambalea tras Dan, quien se desliza por la pared.

Thomas deja el rastrillo y se levanta. Corre a lo largo de la pared exterior, alcanzando la ventana con las cortinas rojas. Golpea el vidrio.

Un momento después, las cortinas son apartadas. Dan forcejea con el cerrojo. Detrás de él, la trampilla está cerrada.

—¿Te atrapó? —grita Thomas.

Dan niega con la cabeza, sin mirar hacia arriba, el sudor le cae por la cara. —No, es mi tobillo. Me lastimé al aterrizar.

Thomas siente un torrente de alivio profundo. Por un momento, ve todo claramente. Cómo lo lograrán. Dan abre la ventana y sale. Cierran la ventana y atrapan a los cuatro zombies en la casa. Luego van a buscar a la mujer en el auto y la llevan mientras caminan hacia la carretera. Detienen al primer transeúnte y piden un aventón a la estación de policía. Así es como terminará esta pesadilla.

Dan grita desde el otro lado del vidrio: —¿Cómo abro esta maldita cosa!?

Desde el patio al otro lado de la casa, viene un grito agudo. Thomas voltea la cabeza por un momento, pensando: Esa fue ella. Espero que no haya abierto la puerta delantera.

En ese momento, ve un movimiento a través de la ventana. Detrás de Dan, la puerta de la habitación se abre. La niña pequeña con el brazo roto, ahora cubierta de sangre, entra tambaleándose en la habitación.

Dan no la ha notado. Está luchando con el cerrojo de la ventana.

Thomas mira hacia abajo. —Es del tipo antiguo. Tienes que sostenerlo y luego empujar.

Dan parece sentir algo detrás de él. Se da la vuelta y grita. La niña se está acercando lentamente a la cama. Sus pálidos ojos, parecidos a los de un pez, están fijos en Dan.

—¡Vamos! —Thomas grita y golpea el vidrio con la mano— ¡Concéntrate!

Dan aparta la mirada de la niña y dirige su atención hacia la ventana. Esta vez, lo hace bien, y la ventana se abre. Thomas la empuja y la levanta completamente. —¡Sal! ¡Rápido!

Dan se lanza por la ventana. La niña está a solo unos pasos cuando aterriza en el césped. Thomas suelta la ventana, y esta se cierra de golpe. La niña presiona su rostro contra el vidrio, cubriéndolo instantáneamente con sangre pegajosa.

Thomas retrocede. No puede cerrar la ventana desde este lado, pero la ventana es bastante pesada, y la niña no es lo suficientemente fuerte como para abrirla.

Suspira aliviado. —Creo que estamos bien. No puede salir por este camino.

Se gira para mirar a Dan, quien ha gateado a una distancia segura de la ventana. Ahora está sentado en el césped, mirando a su alrededor incrédulo. —Salí... ¡Salí!

—¿Estás bien? —pregunta Thomas. —¿Seguro de que Jennie no te arañó?

Dan revisa ambas piernas. Luego niega con la cabeza. —Estoy bien. Pero mi tobillo...

Es interrumpido por un segundo grito desde el patio.

DIECÍSEIS

Dan lo mira con alarma. —¿Quién es?

Thomas no pierde tiempo explicando. —Quédate aquí. Vigila la ventana —Da la vuelta y corre de regreso alrededor de la casa. Cuando llega al patio, se detiene. Le lleva un momento entender lo que está sucediendo y cómo ocurrió.

El hombre oscuro debe haber logrado abrir la puerta principal de alguna manera, porque está cruzando el patio. La mujer pelirroja ha dejado el auto, probablemente para intentar hablar con su esposo. Si esa fue su razón, sin embargo, parece haber cambiado de opinión, porque se está alejando de él, con una expresión de puro terror pintada en su rostro, sus ojos bien abiertos y sus labios moviéndose. Las palabras susurradas llegan a los oídos de Thomas.

—Soy yo, Janjak ... Soy yo, cariño ...

Su difunto esposo se tambalea hacia ella, con los brazos extendidos, ansioso ante la vista de su primera y fácil comida casi al alcance. La mujer choca contra el capó del auto. En lugar de apartarse, simplemente se detiene y mira fijamente.

—Soy yo, Janjak ... ¿No me reconoces?

—¡Él no te entiende! —Thomas grita— ¡Quítate del maldito camino!

La mujer solo reacciona parpadeando rápidamente dos veces. No se mueve y no aparta la mirada del zombi, que ahora está a pocos pasos de distancia.

Thomas no tiene otra opción. Corre directamente hacia el zombi y lo golpea con un placaje perfecto de hombro. El hombre oscuro cae y rueda por la tierra.

La mujer finalmente puede apartar la mirada de su esposo y en su lugar mira a Thomas como sonámbula que acaba de despertar. —Él iba ... él iba ...

—Así es, iba a comerte. ¡Me alegra que finalmente te hayas dado cuenta! Thomas la agarra del brazo y la lleva al lado del pasajero. —¡Entra! ¡Rápido! Y cierra la maldita puerta.

Ella sigue su orden con movimientos distraídos. Justo cuando logra cerrar con llave, el zombi se pone de pie de nuevo. La mayoría de sus entrañas parecen haber salido por el agujero en su estómago cuando cayó al suelo, y ahora arrastran detrás de él como un montón de cuerdas sangrientas, con las piedras del suelo pegándose a ellas.

Thomas siente la náusea subiendo por su garganta, pero logra contenerla. Retrocede del auto. El zombi extiende los brazos, gime, luego tropieza con sus propias entrañas, cae sobre el capó del auto.

Dentro, la mujer grita.

El zombi se desliza elegantemente fuera del auto y vuelve a zambullirse en la tierra.

Eso le da a Thomas unos segundos para pensar.

Debo llevarlo de vuelta a la casa de alguna manera. No puedo arriesgarme a que escape.

Da la vuelta al auto y se coloca entre la puerta principal y el zombi que lucha por levantarse por segunda vez. Tan pronto como tiene éxito, lo ve y se abalanza sobre él con un gruñido hambriento.

Thomas retrocede hacia la casa. El zombi lo sigue.

—Así es —murmura—. Vamos.

Su plan es simple. Tan pronto como esté de vuelta dentro de la casa con el zombi, lo atraerá hacia la cocina. Allí podrá correr alrededor de la mesa y volver a salir por la puerta principal, cerrándola detrás de él y atrapando al zombi en la casa.

Ya casi están en la puerta. —Ven conmigo —susurra Thomas— Buen chico.

Desde el auto, la mujer vuelve a gritar. También golpea las ventanas y agita frenéticamente las manos.

—¿Qué? —grita Thomas.

Luego escucha el sonido de la grava crujir justo detrás de él. Da la vuelta y se encuentra cara a cara con la anciana justo cuando se lanza hacia él. Thomas atrapa sus brazos torpemente, retrocede, resbala en la grava y casi cae. Sus uñas arañan el aire justo sobre su rostro. Apenas evita su boca cuando ella intenta morder su barbilla. Recupera el equilibrio y la empuja hacia atrás, haciéndola caer, justo cuando otra mano agarra su hombro y alguien le silba justo en el oído. Thomas gira la cabeza justo a tiempo para ver la boca abierta. Menos de un segundo antes de que el hombre oscuro le muerda el cuello, Thomas se arroja hacia un lado. Pero el zombi tiene un firme agarre en su camisa, así que lo sigue, lo hace tropezar y caer sobre él. Thomas lo pateo descontroladamente para quitárselo de encima, sintiendo las manos oscuras, palpando ansiosamente por toda su camisa, tratando de romper el tejido, buscando la piel.

Thomas entra en un pánico ciego. Patea, golpea y se retuerce incontrolablemente. Por suerte, logra quitarse al hombre negro. Retrocede, jadeando, y el zombi inmediatamente se arrastra tras él, alcanzándolo.

Puede percibir un movimiento junto a él. La mujer está de pie nuevamente. Se inclina para agarrarlo, con la boca abierta de par en par, mientras su figura está bloqueando el sol.

Thomas grita.

Entonces, la mujer zombi es abruptamente jaloneada hacia atrás.

Thomas alcanza a ver a Dan tirando del cabello de la mujer. Le da otro fuerte tirón que la hace caer a la grava.

Dan grita algo, pero todo lo que Thomas puede oír es su propio pulso palpitante. Se levanta. Ambos zombis también se están levantando. Desde la puerta, Thomas ve a otra figura acercándose. Es la chica que finalmente encontró la salida de la casa.

Es demasiado tarde, piensa, sus pensamientos son extrañamente distantes. Hay demasiados. No podemos hacer que vuelvan a la casa.

Dan sigue gritando. Thomas lo mira, aturdido. Una palabra logra pasar.

—... auto! ...

Thomas se tambalea hacia el auto, con Dan pisándole los talones, saltando en una pierna. Los chicos abren las puertas de ambos lados y se arrastran adentro. Thomas presiona el cierre centralizado.

El sonido del cierre de alguna manera devuelve el oído a Thomas. Su propio aliento jadeante, los sollozos agitados de Dan, el gruñido de los zombis afuera.

—Joder —murmura Thomas. —Realmente pensé que había terminado.

Dan lo mira. —¿Estás ileso?

Thomas levanta su camiseta. —Dime tú.

—No veo ningún rasguño.

—Supongo que entonces viviré.

Se escucha un golpe seco, cuando el hombre negro golpea contra la ventana junto a Thomas. La chica se tambalea hacia el lado de Dan. Los zombis comienzan a hacer intentos inútiles de empujar a través de las ventanas.

—¿No deberíamos salir de aquí? —pregunta Dan.

—No podemos. El auto está sin gasolina. Y ella no tiene llave. Mira a la mujer pelirroja en el auto, donde la mujer zombi está de pie.

Dan hace un ruido exhausto. —¡Estás bromeando! ¿Entonces todavía estamos atrapados?

Thomas asiente sombríamente. —Parece que sí.

DIECÍSIETE

El reloj en el auto les dice que son casi las nueve. Thomas no puede creer que hayan estado aquí durante nueve horas enteras.

Los zombis esperan pacientemente justo afuera del auto. Gruñendo, chasqueando los dientes y palpando las ventanas. Thomas trata de no mirarlos, pero es difícil, considerando cómo sus ojos vacíos parecen devorarlo vivo.

Al menos el sol ha desaparecido detrás de la casa, dejando el patio en una sombra agradablemente fresca. Sin embargo, el interior del auto todavía está cálido, y Thomas está sudando.

Dan se ha quitado el calcetín, revelando un tobillo hinchado.

—¿Cómo va? —pregunta Thomas, señalando.

—Está torcido —murmura Dan— Ya me pasó una vez antes, cuando estaba esquiando.

—¿Entonces no puedes caminar?

Dan niega con la cabeza.

Thomas mira al zombi más cercano. —Supongo que soy el afortunado que tendrá que ir por ayuda, entonces.

—¿Crees que eso es una buena idea? ¿No sería mejor esperar a que alguien pase por aquí?

—Podrían pasar días.

Dan encoge los hombros. —¿Alguien debe estar preguntándose dónde estamos!

—¿Quién sería ese? No he hablado con mi papá en meses. Y tus padres están de vacaciones.

—Sí, pero mamá probablemente me llame o llame a Jennie esta noche; por lo general lo hace.

—¿Y luego qué? Quiero decir, ¿cuando no contestes? ¿Supones que irá directamente a la policía?

Dan duda. —Probablemente no. Probablemente intente llamarnos de nuevo mañana.

—Y cuando lo haga, y aún no pueda contactarte, entonces podría llamar a la policía, y eso es genial. Excepto que la policía no tiene idea de dónde estamos. Si vienen a buscarnos, podrían encontrar mi auto desaparecido. Y aunque alguien les diga sobre la ruta del periódico, esta casa fue una de las últimas paradas, lo que significa que tendrán que hacer muchas visitas antes de llegar a este lugar. Thomas sacude la cabeza. —Para ese entonces ya estaremos muertos de sed. Lo he pensado mucho, y no veo otra forma; por eso necesito hacer una carrera.

—Supongo que tienes razón —Dan entrecierra los ojos—. Tengo tanta sed. Me siento mareado. ¿Estás seguro de que no tienes algo para beber?

—No, ya te lo dije... —De repente, Thomas se ilumina— ¡Santo cielo, espera un minuto... ! podría ser... —Se da la vuelta y se arrastra hacia el asiento trasero, revisando el maletero. Su corazón salta al ver las sodas enlatadas. De toda la caja, solo faltan tres. Agarra una y se la entrega a Dan—. Aquí tienes. Lo siento, no está fría.

Dan toma la lata como si fuera la vida misma. La abre y bebe ávidamente.

Thomas agarra otras tres latas y vuelve a gatear detrás del volante.

Dan eructa y deja caer la lata vacía al suelo. —Otra más —gime.

—Creo que es mejor que te lo tomes con calma —dice Thomas, entregando otra lata —de todos modos. No creo que sea una buena idea beber demasiado rápido cuando has estado deseando ...

Pero Dan ya ha abierto la lata y está echando el refresco por su garganta. Y Thomas no puede culparlo. Sus propias manos están temblando mientras abre la lata. Cierra los ojos y deja que el líquido dulce y tibio fluya por su garganta. Le hace cosquillas maravillosamente. Suspira profundamente. —Tiene que ser el mejor refresco que he bebido.

Dan eructa humedamente y ríe. Thomas no puede decir si las lágrimas en los ojos de Dan son causadas por el alivio o el dióxido de carbono.

—¿Cuántas tienes ahí atrás?

—Casi toda una caja.

—Eso significa que podemos sobrevivir durante días. ¡De todos modos, no necesitas salir de aquí!

Thomas vuelve a ser consciente de los zombis. No es que los haya olvidado. Pero sus gemidos, sus ruidos hambrientos, de repente captan su atención. Mira hacia afuera, más allá del hombre negro, hacia el otro auto. Hay unos 3 metros entre los autos. No puede ver a la mujer dentro, lo que significa que probablemente esté acostada. La mujer zombi está fielmente de pie junto a la puerta trasera.

—Probablemente tenga sed —dice Dan, adivinando lo que está pensando Thomas.

—Voy a intentar llamarla —Pone las manos en la ventana y grita:— ¡Oye!

El cabello rojo de la mujer aparece. Ella los mira.

Thomas levanta una lata.

La mujer le muestra una botella grande de agua.

Él le hace un pulgar hacia arriba. —Estará bien. Menos mal, porque realmente no veo cómo podríamos llevar una lata de refresco hasta allá.

—¿Quién es ella?

—No me dijo su nombre, pero estaba casada con ese tipo —Thomas golpea la ventana, y el hombre negro intenta morder su dedo, pero solo logra emparar el vidrio de saliva— La vieja bruja era su suegra. Oh, y no es una bruja, por cierto. La anciana, quiero decir.

—¿No?

—No, era practicante de vudú.

Dan mira por la ventana delantera, pensativo. —Bueno, eso tiene sentido.

—¿Qué?

—El vudú se originó en Haití. Aprendimos sobre eso en la escuela. De allí viene el mito de los zombis. ¿Sabías eso?

—No tenía idea.

—Ha habido varios relatos de sacerdotes vudú despertando a personas muertas.

—¿En serio?

—Sí, quiero decir, son solo rumores, por supuesto. Pero los practicantes del vudú creen algo sobre el alma humana dividiéndose en dos. Una parte mantiene el cuerpo con vida, y la otra es nuestra personalidad y pensamientos y cosas así. Entonces, en teoría, el cuerpo puede seguir viviendo, incluso si la otra parte del alma muere. Solo eres ... —Dan busca la palabra correcta.

—¿Cerebralmente muerto? —sugiere Thomas.

—No, no exactamente. Eres un cuerpo completamente sin cerebro. Sin nada de eso que te hizo humano —Dan toma un sorbo de su Coca-Cola—. No puede ocurrir naturalmente; requiere que alguien juegue con las fuerzas de la naturaleza.

—¿Entonces por qué comen a otras personas? ¿Y por qué contaminan a otros?

Dan encoge los hombros. —El profesor no dijo nada al respecto.

Un momento de silencio pasa. Los chicos están mirando a los zombis.

—Entonces, ¿crees que el ritual en el sótano...? —murmura Thomas— ¿Y toda esa tontería que encontramos en el libro...?

Dan respira profundamente. —Bueno, creo que la chica murió. Tal vez se cayó por las escaleras o algo así. Y luego la mujer intentó devolverla a la vida. En cierto modo, supongo que se podría decir que tuvo éxito.

Thomas levanta una ceja. —No creo que esto fuera exactamente lo que ella esperaba.

DIECÍOCHO

La noche se vuelve gradualmente más oscura. El tiempo pasa a un ritmo dolorosamente lento. Thomas se desliza en un ligero sopor.

—¿Qué hacemos si de repente se rinden?

Thomas abre los ojos y mira a Dan. Él está en su quinta Coca-Cola. Ya ha tenido que ir al baño una vez y logró llenar una de las latas vacías. Ahora está en el maletero.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si simplemente deciden irse? ¿Buscar a alguien más para comer?

Thomas mira a los zombis. El hombre y la chica todavía están justo afuera, y la anciana todavía está junto al otro auto. Es difícil de ver claramente, debido a la saliva, la suciedad y la sangre esparcidas por todas partes en las ventanas, convirtiendo a los zombis en figuras vagas en el crepúsculo.

—No creo que renuncien pronto. No mientras estemos aquí.

—No, pero ¿y si lo hacen? —Dan persiste— Quiero decir, no sabemos con certeza que no se cansen de intentar entrar aquí. Y si se van, ¿no tendremos que ...?

Thomas asiente. —Tienes razón, no podemos dejarlos escapar. Podría significar el fin del mundo si ellos... —Muerde sus dientes cuando un dolor agudo le atraviesa de repente la planta del pie—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

—Mi pie —gime Thomas, quitándose el zapato— Pisé un trozo de vidrio en la habitación. Atravesó la suela de mi zapato.

No lo ha pensado realmente, pero la herida punzante en su talón ha estado latiendo durante al menos la última hora. Levanta la pierna, mira debajo del pie y encuentra una mancha de sangre

en el calcetín del tamaño de una moneda grande. Con cuidado se quita el calcetín para revelar una pequeña herida en forma de V.

—Creo que necesitas limpiarlo —comenta Dan.

—Hay un botiquín de primeros auxilios en el maletero. Tráemelo, ¿quieres?

Dan trepa hacia la parte trasera del automóvil, Thomas nota cómo la chica zombi lo sigue por fuera del auto, y regresa con el kit. Lo abre y revisa el contenido.

—Solo puedo encontrar estos —dice, entregando a Thomas un paquete de toallitas húmedas— Aquí dice que son desinfectantes.

Thomas rasga el paquete y saca la toallita. Con cuidado acaricia la herida, mordiéndose los dientes mientras comienza a arder. —Maldita sea ...

—¿Te duele mucho? —pregunta Dan— ¿Quizás el trozo de vidrio todavía está ahí?

Thomas no había considerado esa posibilidad. Alcanza arriba y enciende la pequeña luz en el techo. Abre suavemente la herida con dos dedos, haciendo que comience a sangrar nuevamente. —No veo nada allí. No creo que haya ningún vidrio.

—De acuerdo. ¿Quieres una venda? También hay gasa.

—Una venda está bien.

Thomas cubre la herida con la venda y se pone el calcetín de nuevo. Su talón late cálidamente. Trata de ignorarlo y apaga la luz nuevamente.

Se sientan en silencio por un rato. Por supuesto, los zombis se aseguran de que no haya un silencio real. Thomas inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—¿Todavía quieres ir a buscar ayuda? —pregunta Dan en voz baja.

—Sí.

—¿Estás seguro de que puedes correr con ese pie?

—Estaré bien. No está tan lejos.

—El pueblo está a kilómetros de distancia.

—Solo necesito llegar al vecino más cercano. O tal vez me encuentre con un coche tarde en la noche.

Dan mira a la chica zombi que le está gruñendo. —Probablemente te seguirán.

—Cuento con eso. Pero no se mueven muy rápido. Solo necesito mantenerme por delante de ellos.

—Y entonces, ¿qué pasa cuando encuentras a alguien que pueda ayudar? ¿Qué pasa con los zombis?

Thomas encoge los hombros. —Llamaré a la policía. Ellos tendrán que lidiar con ellos.

—¿Crees que entenderán lo que está pasando?

—No tengo idea. Ese es un problema con el que tendré que lidiar si llega a eso. —Pasa la palma de la mano por su frente—. Maldición, todavía estoy sudando.

—Eso es extraño —dice Dan—. En realidad estoy congelándome.

Thomas nota que se ha puesto su suéter. "Tráeme otra Coca, ¿quieres?"

Dan ha traído toda la caja, que ahora está entre sus pies. Se agacha y agarra una lata que le da a Thomas. Thomas la abre y bebe tres tragos grandes.

Dan mira hacia el otro auto. —¿Qué dijiste qué pasó con las llaves de su auto?

Thomas eructa. —Ella dijo que él las tiene —Señala con la cabeza al hombre negro.

Dan se muerde el labio—. Tal vez podamos conseguirlas.

—¿Cómo haríamos eso? ¿Te sientes con ganas de estirarte y revisar sus bolsillos? —Vuelve a beber y nota que Dan lo está mirando—. ¿Qué?

—Estás sudando mucho. ¿Te sientes bien?

—Claro, solo tengo un poco de calor. Una gota de sudor gotea de su nariz.

Dan extiende la mano y toca su mejilla. —Estás ardiendo.

Thomas se da cuenta de que Dan tiene razón. Su piel parece que está en llamas. Todo su cuerpo está empapado de sudor. —Probablemente mi sistema está un poco acelerado después de todo el estrés que he pasado —murmura—. No creo que sea una sorpresa.

Dan no parece convencido. —Thomas —pregunta en voz baja—. ¿Podría ser fiebre?

—¿Por qué tendría fiebre?

—¿Estás seguro de que no te hiciste ningún rasguño?

—Revisaste mi espalda.

—Sí, pero ... no te revisamos por completo. ¿Hay algún otro lugar en tu cuerpo que te duela?

Thomas escanea su cuerpo. —No. Solo mi pie, pero eso es por el vidrio, y eso no puede ser ... eso no puede ser ...

Las palabras mueren cuando una imagen aparece en su mente.

El suelo del dormitorio. Vidrios rotos esparcidos por todas partes. Brillando en la luz del sol de la tarde. Rojo por la sangre de la chica, que ha estado caminando sobre ellos durante horas.

La sangre de la chica ... la sangre ... Oh, no ...

La verdad finalmente sale a la luz.

DIECÍNUEVE

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! —Thomas grita y golpea sus puños contra el volante, cada vez más fuerte, más incontrolablemente, hasta que sus manos comienzan a doler.

Finalmente, se hunde en el asiento, jadeando. —¿Por qué no lo pensé antes? Maldición...

—¿Qué... qué pasa? —Dan balbucea, mirando a Thomas con los ojos muy abiertos.

—Los trozos de vidrio estaban cubiertos con la sangre de la chica. Estoy infectado.

Varios segundos largos de silencio pasan dentro del auto. Thomas cierra los ojos. De repente, su pie late mucho peor que hace un minuto. El dolor irradia hasta su rodilla. Tal vez solo sea su imaginación, pero de repente, puede sentir cómo la infección avanza por su torrente sanguíneo. Dirigido a sus órganos. Dirigido a su cerebro.

—¿No podemos... no podemos detenerlo? —pregunta Dan— ¿Quizás si hacemos un vendaje realmente apretado?

Thomas niega con la cabeza. —Es demasiado tarde. Puedo sentirlo. Incluso si cortáramos toda mi maldita pierna... —Suspira—. ¿Por qué demonios no pude simplemente mirar por dónde iba?

Más silencio.

Thomas siente como si estuviera lleno de emociones y completamente vacío al mismo tiempo. Recuerdos al azar aparecen. Su primera bicicleta. El divorcio de sus padres. El día que conoció a Jennie.

¿Es esto lo que se siente cuando tu vida pasa frente a ti?

No puede entenderlo realmente. Que su vida ha terminado. Ayer mismo, su mayor preocupación era romper con Jennie. Ahora ella está muerta, y pronto él también lo estará.

—No es justo —susurra—. Solo tengo dieciocho años, maldita sea.

Siente algo en su brazo, mira hacia abajo y ve la mano de Dan descansando allí. Los ojos de Dan están húmedos. —Lo siento mucho, Thomas.

Thomas comienza a llorar. Las lágrimas simplemente brotan. Solloza sobre el volante, soltando un grito de vez en cuando, maldiciendo al mundo, pero sobre todo simplemente llora, mientras la larga vida que había imaginado para sí mismo se desmorona y desaparece.

A medida que los sollozos disminuyen, Thomas comienza a sentir una calma inesperada. Se limpia los ojos y murmura: —¿Podrías decirle a mi papá que lo siento por lo que dije la última vez que lo vi?

—Lo... lo haré —susurra Dan—. ¿Hay alguien más a quien quieras...?

Thomas piensa. —Mi mamá vive en Copenhague. No he hablado con ella durante años. Y realmente no tengo amigos cercanos. —Mira a Dan—. Supongo que eres el más cercano.

Dan trata de forzar una sonrisa. Luego, su expresión vuelve a ser sombría. —¿Y ahora qué?

Thomas se endereza. —No puedo correr en busca de ayuda, eso está claro. Juzgando por lo rápido que fue con Jennie, tengo suerte si me quedan treinta minutos. Así que supongo que tenemos que idear algo rápido.

—Thomas —dice Dan, señalando—. Mira...

Thomas mira por su ventana. El hombre negro, que ha estado pacientemente parado justo afuera de su puerta todo el tiempo, ahora está avanzando alrededor del capó del auto con pasos tambaleantes. Sin darse cuenta, empuja a la niña a un lado mientras se une a ella en un intento por pasar por la ventana de Dan.

—Supongo que esa es nuestra solución —dice Thomas— Ya no están interesados en mí.

VEINTE

—Espera —dice Dan—. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

Thomas encoge los hombros. —¿Qué tengo que perder? —Desbloquea su puerta, la abre y sale al aire fresco de la tarde— Vuélvela a cerrar —dice, cerrándola de un golpe.

Dan alcanza la puerta inmediatamente y la cierra con llave.

Thomas simplemente se queda parado por un momento, mirando a los zombis. Ellos, por otro lado, ni siquiera le dignan una mirada. Se voltea para ver la débil figura de la mujer pelirroja en el asiento trasero del otro automóvil. Se ha acostado con una chaqueta sobre ella.

Thomas da un paso, y un rayo de dolor le recorre la pierna. Gruñe de dolor, tropieza y casi se cae. Por un momento, se siente mareado, mientras el dolor le recorre la pierna en lentas e intensas olas.

«Maldición. Ahora entiendo por qué Jennie se quejaba tanto. Necesito tener cuidado. Si me desmayo, se acabó».

Aquí, al aire fresco, realmente puede sentir la fiebre. Su piel arde y se congela al mismo tiempo. Está parado en una pierna esperando que el mareo desaparezca.

Entonces, cuando finalmente lo hace, salta sobre la grava hacia el automóvil de la mujer y golpea la ventana.

Ella se levanta de un salto y lo mira. —¿Qué estás haciendo? ¿Te volviste loco de remate?

—No te harán daño —dice Thomas— Escucha, si te traigo la llave, ¿puedes conducir el auto?

La mujer parece demasiado sorprendida para responder de inmediato. La mujer zombi da vueltas alrededor del auto. Por un terrible segundo, Thomas está seguro de que viene por él. Que estaba equivocado, que no es inmune después de todo. Da un paso hacia atrás. Pero la mujer zombi solo presta atención a la mujer dentro del auto.

La mujer pelirroja mira del zombi a Thomas. —¿Por qué... por qué no te ataca a ti?

—No importa ahora. ¿Puedes conducir el auto?

La mujer mira hacia abajo a sus pies. —¿Por qué estás parado en una pierna? ¿Qué le pasó a tu pie?

Thomas suspira. —He sido contaminado, ¿de acuerdo? por eso no me atacan. Supongo que pueden oler que ya estoy... —No sabe cómo terminar la oración.

Los ojos de la mujer son aún más grandes ahora. —Pero... pero tú...

—No tengo mucho tiempo, así que ¿podrías por favor simplemente responder mi pregunta? ¿Sabes... Cómo conducir el auto?

La mujer asiente.

—Genial. Y ¿sabes dónde guarda tu esposo la llave?

La mujer mira hacia su esposo. Dice algo inaudible.

—¿Qué dijiste?

—En el bolsillo de sus pantalones, creo.

Thomas se da la vuelta y salta de regreso a su propio auto. Se apoya en el capó mientras salta hacia el lado de Dan donde están los zombis. Ambos están completamente absorbidos por Dan, que está mirando con una expresión asustada hacia afuera.

Thomas alcanza y empuja levemente al hombre negro. Se tambalea suavemente, pero no reacciona. Thomas mete la mano en el bolsillo del hombre. Nada. Para alcanzar el otro bolsillo, tiene que posicionarse detrás de él. Agarra la camisa del hombre para apoyarse. Aún así, el zombi parece no darse cuenta de él en absoluto. Thomas mete la mano en el bolsillo y siente metal. Saca un llavero.

—¡Bingo! —Salta de regreso al auto de la mujer y presiona el botón de la cerradura central; nada sucede— ¿Por qué no funciona?

—Lo controlo desde adentro, dice ella.

—Bueno, entonces desbloquéalo.

La mujer lo mira, preocupada. —¿Eres contagioso?

La mujer zombi choca contra su costado para acercarse a la ventana donde está sentada la pelirroja. Thomas la empuja de nuevo con fuerza con ambas manos, haciendo que se caiga en la gravilla como un niño grande.

—No —dice, mirando a la mujer—. Solo se contagia a través de la sangre.

La mujer no parece particularmente convencida. —¿Cómo sé que no me contagiare si toco la llave? ¿Cómo la conseguiste?

Thomas explica brevemente sobre el vidrio roto en el dormitorio. —Ahora, por favor abre la puerta. Te garantizo que no te contagiaras.

La mujer considera por unos segundos más. La mujer zombi se ha levantado y se acerca una vez más. Thomas la empuja de nuevo.

La pelirroja finalmente decide confiar en él y desbloquea la puerta. La abre unas pocas pulgadas. Thomas le entrega la llave. Ella inmediatamente vuelve a cerrar la puerta.

—¡Bien! —dice Thomas, apretando los dientes mientras una nueva avalancha de dolor fluye por su pierna— Ahora sólo necesitamos llevar a Dan a tu coche.

La mujer ya ha subido al asiento del conductor. Inserta la llave en el encendido, enciende el motor y lo pone en marcha.

—¡Wow, wow! —Thomas golpea fuertemente el parabrisas— ¿Qué crees que estás haciendo?

La mujer lo mira con furia. —Voy a buscar ayuda, por supuesto.

—¡No, maldita sea! Si te vas conduciendo, corremos el riesgo de que los zombies te sigan. No podemos permitir que abandonen este lugar. ¿No lo entiendes? Ponemos en riesgo al mundo entero si logran irse.

La pelirroja parece estar debatiéndose en un conflicto interno. Después de varios segundos de reflexión, finalmente apaga el motor. —Entonces, ¿qué hacemos?

—Necesitamos llevar a Dan... —Thomas se tambalea, mientras una repentina niebla nubla su visión, y lucha por mantener el equilibrio.

—¿Estás bien? —La voz de la mujer parece estar lejos.

Thomas se frota la sien. —Sí, estoy bien —logrando articular las palabras—. Pero mejor apurémonos —Toma varias respiraciones profundas, forzando a su cabeza a despejarse—. Voy a traer a Dan aquí. Solo asegúrate de estar lista para abrirle la puerta, ¿vale?

—¿Él no está infectado, verdad?

«No, no está infectado, maldita perra estúpida», piensa Thomas, sintiendo una furia desbordante. «Así que no te preocupes, estoy seguro de que saldrás de esta con tu maldito culo pecoso intacto».

Sabe que la rabia es realmente porque tiene miedo, y comprende las preocupaciones de la mujer, así que dice calmadamente: —No, no está infectado.

—Está bien —asiente la pelirroja—. Estaré lista.

Thomas retrocede hacia su propio auto una vez más, ahora empezando a sentirse sorprendentemente débil y cansado. Siente que le gustaría acostarse, pero sabe que probablemente no se levantará si lo hace.

—Escucha, Dan —dice a través de la ventana—. Necesitas meterte en su auto. Te ayudaré. Si sales por aquí, por mi lado, me aseguraré de que ninguno de ellos te toque.

Dan no parece aprobar mucho el plan, pero no hace objeciones.

—¿Estás listo? —pregunta Thomas, escupiendo la grava, siente su saliva amarga por la fiebre.

Dan asiente.

—¡Bien, vamos!

Dan trepa sobre la palanca de cambios, presiona el botón, y la cerradura central se desbloquea.

El hombre negro y la niña ya han comenzado a rodear el coche, mientras Dan abre la puerta y sale a la grava. Se apoya en su pie bueno, y Thomas lo agarra del brazo. Juntos, saltan torpemente hacia el coche de la mujer. Detrás de ellos, el padre y la hija avanzan lentamente.

La mujer zombi aparentemente siente que hay más carne accesible detrás de ella, porque se da la vuelta y se dirige hacia ellos. Dan instintivamente retrocede, pero Thomas lo arrastra consigo, extendiendo su otro brazo y empujando con fuerza hacia atrás al zombi, sintiéndose por un breve momento como un mariscal de campo abriéndose paso a través de la defensa.

Entonces, accidentalmente pone peso en su pie herido, y siente como si una oleada de ácido lo come instantáneamente desde su talón hasta su cadera. Caen con un grito ronco.

—¡Thomas! —grita Dan.

—Alrededor del coche —gime Thomas—. ¡Ve al otro lado! —Sólo es parcialmente consciente de lo que está sucediendo a su alrededor, ya que todo tiene lugar detrás de un velo rojo de dolor agonizante.

Dan rodea el coche tan rápido como puede. Los dos zombis que aún están de pie pasan de largo a Thomas, y Thomas, sin tiempo para pensar, estira la pierna y le da una patada fuerte al tobillo del hombre negro, haciéndolo tropezar y caer. Pero la chica continúa, llegando al coche de la mujer justo cuando Thomas oye el sonido de una puerta de coche abriéndose y luego cerrándose de nuevo.

«Lo logré», piensa Thomas, recostando su cabeza en la fría grava. Dan lo logró, y ahora me desmayo.

Se adentra en una agradable oscuridad.

VEINTIUNO

Una voz desde muy lejos lo llama.

Lentamente, a regañadientes, Thomas sale de su aturdimiento. Se siente como despertar del sueño más profundo. Abre los ojos, parpadea, y entra en foco un cielo claro y oscuro lleno de estrellas.

—... Thomas...

Despierta un poco más. Comienza a recordar. El dolor es lo que lo devuelve por completo.

Gime y se sienta con esfuerzo. Su pierna es una gran llamarada de fuego. El pie ha hinchado al doble de su tamaño, y el calcetín parece a punto de estallar. La piel en su tobillo está de color azul oscuro.

«¿Estoy muerto? ¿Soy un zombi?»

—¡Thomas! ¡Aquí!

Gira la cabeza. Su vista parpadea por un momento, luego vuelve a enfocarse. El chico negro está parado frente al coche. Desde la ventana lateral, el rostro pálido de Dan está mirando hacia afuera.

Thomas se frota la frente. La piel está caliente como lava. Siente el costado de su cuello. Hay un pulso débil.

Supongo que todavía estoy vivo.

Se pone de pie, usando toda la fuerza que le queda en su cuerpo, deseando que obedezca. Cojea hacia el coche, apartando al chico negro y apoyándose pesadamente contra la puerta del coche, jadeando por aire, carraspeando: —¿Por qué ... estás aquí todavía?

—Necesitamos matarlos, Thomas —dice Dan desde el otro lado del cristal—. No podemos irnos antes de que estén muertos.

Thomas gime. —Jóder, sólo pásales por encima.

—Ya lo sugerí. Pero ella dice que no puede hacerlo. Y yo no sé conducir.

Dice que no puede hacerlo, piensa Thomas, inclinándose y lanzando a la mujer una mirada ardiente.

Salta hacia su propio auto. Cada paso envía oleadas de dolor arriba y abajo de su pierna. Su cabeza está dando vueltas, sus sienes están latiendo. Abre el maletero y saca el hierro del neumático.

«Esto está resultando ser una verdadera película de zombis», piensa, casi sonriendo consigo mismo. «En una verdadera película de zombis siempre usan un hierro de neumático o un hacha».

Regresa al otro auto. La mujer zombi está más cerca de él, lo que significa que será la primera en irse. Eso es justo. Después de todo, ella comenzó todo esto.

Thomas se coloca detrás de ella, usando unos segundos para asegurar su equilibrio inestable. La mujer ni siquiera lo registra. Desde dentro del coche, Thomas nota a Dan diciéndole a la pelirroja que aparte la mirada.

«Así es, no me mires hacer tu trabajo sucio. No querrías causarte ninguna angustia, estúpida perra».

Thomas levanta el hierro del neumático y aprieta con fuerza. Lanza el golpe con toda su fuerza. Conecta perfectamente, el impacto envía una sacudida hasta su hombro. La mujer cae de bruces, su cráneo está visiblemente fracturado.

—El siguiente, por favor —murmura Thomas, una hilera de saliva goteando de su labio inferior—. Por favor, acérquese al mostrador, señor.

Cojea alrededor del coche y repite el procedimiento con el hombre negro. Pero este no cae instantáneamente como la anciana. Requiere nada menos que cuatro golpes poderosos. Incluso cuando finalmente se derrumba, Thomas tiene que administrar dos más para evitar que se levante de nuevo. Por fin, el cráneo cede en la sien, haciendo que el hierro del neumático se atasque. Thomas lo gira hacia un lado, produciendo un sonido tanto húmedo como nítido. Al liberar su arma, hay grumos grisáceos de materia cerebral pegados al metal.

Desde dentro del coche, la pelirroja comienza a sollozar fuertemente como una niña pequeña. El sonido le trae a Thomas una sensación de alegría muy inapropiada.

«Espero que esté mirando. Espero que esté disfrutando del espectáculo».

Su respiración es muy superficial ahora, como si sus pulmones casi no pudieran manejar el esfuerzo. —Eres el único que queda —jadea hacia la chica—. Último zombi en pie.

En su interior siente algo parecido a la emoción. Aunque se esté muriendo, llegará a salvar al mundo primero.

«¿Cuántas personas en la historia pueden decir eso? ¿Cuántas pueden decir que realmente...».

Thomas avanza, y una nueva, ardiente puñalada de dolor sube por su pierna. Y esta vez, no se detiene en la cadera, sino que se extiende por todo su cuerpo. El dolor es demasiado intenso. Lo cortocircuita.

Thomas no grita. Simplemente exhala un suspiro. Y se desploma.

VEINTIDOS

VENTÍTRES

Linda realmente pisa el acelerador. Los faros siguen el camino sinuoso del campo. El coche corre por la noche de verano hacia el pueblo. Ninguno de los dos habla.

Dan no puede relajarse del todo. Aunque en realidad ya ha terminado, no lo está realmente. Está constantemente escuchando los sonidos del maletero.

«¿Fue un error?»

Sus pensamientos son extrañamente disolutos. Como si no pudiera reunirlos realmente. Tal vez se deba al agotamiento. Tal vez al hambre. O al shock. Sin embargo, una sola pregunta sigue presentándose.

¿Fue un error llevar a Thomas con ellos?

No está seguro. ¿Pero qué más podrían haber hecho? ¿Atropellarlo como hicieron con la chica? Todavía estaba vivo, por Dios. Dan escuchó la débil y jadeante respiración mientras, con la ayuda de Linda, levantaba a Thomas y lo metía en el maletero.

Linda rompe el silencio. —¿Crees que puedan salvarlo?

—No lo sé. Nunca funciona en las películas. No hay nada que los médicos puedan hacer, porque no hay vacuna.

Linda echa un vistazo al espejo retrovisor. —¿Qué hacemos si ... despierta?

Dan se pasa una mano por el pelo. —No tengo ni idea.

Atraviesan el límite del pueblo y las primeras casas aparecen a cada lado de la carretera. Linda reduce la velocidad cuando alcanzan la luz reconfortante de las farolas. Las calles parecen poco transitadas. En el primer semáforo, Linda pasa un semáforo en rojo.

—Tendrás que indicarme el camino —dice ella—. No soy de aquí.

Dan la guía por el pueblo. Llegan al hospital.

—Estaciona aquí —dice él, señalando—. Aquí está la sala de emergencias.

Linda estaciona, tira del freno de mano, pero mantiene el motor encendido. Ella mira a Dan. —Creo que es mejor que se lo expliques tú.

Dan desabrocha el cinturón y sale del coche, evitando pisar su pie herido.

Las puertas de vidrio del edificio se abren y sale un joven vestido de verde. —No puedes estacionar aquí. Es solo para ambulancias.

—Tenemos una persona gravemente enferma —dice Dan, cojeando hacia el maletero.

El hombre mira hacia abajo, hacia la pierna de Dan. —Parece solo un tobillo torcido para mí. Tendrán que retirar el auto, para que....

—No soy yo —interrumpe Dan y abre el maletero.

Thomas está acostado allí, en posición fetal. Tiene los ojos cerrados, la boca abierta. Una hilera de saliva ha corrido desde su labio inferior, y la piel está completamente blanca. Thomas obviamente está muerto. Y al verlo, Dan es golpeado por un profundo terror. De repente, se da cuenta de lo estúpido que fue llevar a Thomas al hospital, y de lo peligrosa que es la situación.

«¿En qué estaba pensando?»

El enfermero lo empuja a un lado. —Vaya, ¿qué pasó? —Baja la mano para sentir el cuello de Thomas—. No puedo encontrar pulso. No lo muevan, buscaré ayuda —Corre de regreso a través de las puertas de vidrio.

Dan solo se queda por un momento, paralizado, con pensamientos zigzagueando de un lado a otro dentro de su cabeza. Thomas despertará en cualquier momento. Los médicos no tienen idea del peligro. Si lo llevan dentro del hospital para intentar resucitarlo...

Su tren de pensamiento es abruptamente interrumpido cuando Thomas abre los ojos. Pero cuando las bolas vacías y lechosas se vuelven para mirarlo, Dan puede decir de inmediato que ya no es Thomas quien los mira. Él emite un siseo y se estira para agarrarlo.

Dan actúa por instinto: agarra la tapa y la baja de golpe. Thomas inmediatamente comienza a arañar desde adentro.

Dan da la vuelta al coche hacia el lado de Linda, y ella baja la ventanilla.

—¿Qué pasó? —pregunta ella.

Dan niega con la cabeza. —Es demasiado tarde. Él está—

El enfermero vuelve corriendo, trayendo consigo a dos colegas y una camilla.

Dan sale frente a ellos, con el corazón latiendo fuerte, levantando las manos. —¡Está muerto! ¡No pueden hacer nada!

El enfermero no le presta atención, simplemente lo empuja a un lado y agarra el mango del maletero. —¿Cómo se abre esto?

—¡Escúchame! —grita Dan, su voz suplicante ahora—. No podemos ... es peligroso ... ya no es humano!

Uno de los otros enfermeros, una joven de aspecto indio, exclama: —¡Puedo oírlo ahí dentro! Ha recuperado el conocimiento —Se vuelve para agarrar a Dan del brazo—. ¡Abre esa tapa del maletero, ahora mismo!

El enfermero todavía está luchando por abrir la tapa, tirando de ella con fuerza. Dan está cerca del pánico. Solo ve una salida de la situación, así que grita: —¡Vete, Linda! ¡Conduce!

El motor ruge y el coche se adelanta. Dan corre tras el coche lo más rápido que puede con su tobillo dolorido gritándole en cada paso.

—¡Llama a la policía! —dice uno de los enfermeros detrás de él.

Por suerte, ninguno de ellos se lanza a la persecución. Dan hace un movimiento con la mano, como saludando hacia el auto, y las luces de freno brillan cuando Linda se detiene y retrocede.

Dan abre la puerta y se arroja dentro. —Vamos —jadea.

Linda ya ha pisado a fondo el pedal, y un momento después vuelven a acelerar por la ciudad. Desde el maletero, Dan puede escuchar movimientos, rasguños y gruñidos.

—Oh, no —susurra, frotándose la cabeza con manos temblorosas—. Oh, no, oh, no.... —Se gira y mira hacia atrás— ¿Puede alcanzarnos?

—No creo —dice Linda—. A menos que se abra paso a través de los asientos con sus arañosos —Le echa una rápida mirada—. ¿Y ahora qué? Y no me digas que tengo que atropellarlo. No volveré a hacer eso.

Dan intenta recoger sus pensamientos. El impacto del desastre casi evitado lentamente se asienta, y una idea le viene a la mente. —Creo... creo que podría saber qué hacer. ¿Fumas?"

—¿Qué? No.

—Entonces, detente en la gasolinera que viene a la izquierda.

Linda lo mira con furia. —¿Vas a buscar unos malditos cigarrillos ahora mismo?

—Simplemente detente, por favor —dice Dan, tratando de ignorar los sonidos de Thomas desde el maletero.

Linda se detiene frente a la gasolinera.

—Espera aquí, solo será un momento —dice Dan, bajándose. Su tobillo está peor ahora, hinchado y palpitante. No puede apoyar su peso en él, así que entra a la tienda dando saltos en una pierna. Es recibido por el olor a café y chocolate, pero la tienda está vacía.

El cajero sale de una habitación trasera. Es un adolescente joven y con granos, de la edad de Thomas. —Hola —dice distraídamente, ni siquiera mirando a Dan—. ¿Vas a pagar la gasolina?

—No, solo necesito un encendedor. —Dan salta hacia el mostrador.

—Claro. Los tenemos aquí. —El cajero señala un estante junto al mostrador.

Dan coge uno y también toma un paquete de pañuelos de papel, poniendo ambos artículos en el mostrador.

—Cuarenta y cinco coronas —dice el cajero.

Dan rebusca en sus bolsillos y encuentra un billete de cincuenta coronas todo arrugado y húmedo de sudor. Iba a gastarlo en un refresco frío de camino a casa, cuando terminara la ruta del periódico.

El cajero le da el cambio. Dan coge el encendedor y los pañuelos de papel, se gira y salta hacia la puerta.

—Oye, ¿qué te pasó en el pie?

—Práctica de fútbol —murmura Dan sobre su hombro justo antes de salir cojeando de nuevo al aire fresco nocturno. Abre la puerta y salta dentro.

Linda mira el encendedor. —Tú... no estás pensando en...

—Sal de la ciudad —dice Dan sin ninguna emoción.

VEINTICUATRO

Se detienen en la primera área de descanso que ven. Linda apaga el motor y mira a Dan. —Para que quede constancia, sigo pensando que deberíamos llamar a la policía.

—No nos creerán, le dice Dan por cuarta vez.

—Solo necesitamos explicarles lo que pasó. Si les decimos que no lo toquen....

—Aún es demasiado arriesgado.

—Pero podemos....

—¡No! —Dan interrumpe, asombrado de lo firme que suena. Luego continúa más suavemente

— Tenemos que terminar con esto. Estuvo demasiado cerca antes en el hospital.

En el maletero, Thomas está rebuscando, gruñendo y gruñendo.

—¿Estás seguro de que no hay una mejor manera de hacerlo? —pregunta Linda roncamente.

—No puedo pensar en ninguna. ¿Puedes?

Ella se muerde el labio y luego niega con la cabeza. —¿Y estás seguro de que él no...?

—Estoy seguro. Ya no siente dolor.

—De acuerdo.

—¿Tienes algo aquí dentro que quieras guardar? Mejor tráelos, entonces. Dan abre su puerta y baja al asfalto. Respira profundamente, llenando sus pulmones con el aire fresco, huele los campos alrededor de él y escucha el silencio.

Linda sale del coche, llevando su chaqueta, bolso y un par de gafas de sol. —De acuerdo —murmura—. Todo despejado.

—Bien. Retrocede entonces —Dan abre la puerta trasera. Abre el paquete de Kleenex y los empuja entre los asientos uno a uno. Thomas rasca y gime con más entusiasmo desde el maletero, como si pudiera sentir que Dan está cerca.

—Lo siento mucho —susurra Dan mientras se le llenan los ojos de lágrimas—. Pero tengo que hacerlo. Creo que lo entenderías. Y gracias por salvarnos, por cierto.

Enciende el encendedor, mira la llama por un momento, luego enciende los pañuelos y cierra la puerta.

Linda se ha alejado varios metros, y Dan salta hacia ella.

Desde dentro del coche viene una luz anaranjada débil y titilante. Rápidamente se vuelve más brillante. Pronto las llamas se hacen visibles. Devoran el asiento ávidamente, llegando al techo.

En cuestión de minutos, todo el coche está en llamas. El humo oscuro comienza a filtrarse por las grietas de las puertas. Dan puede sentir el calor incluso desde tan lejos.

Se sienta pesadamente en el asfalto, apoyando la frente en sus rodillas. Nunca se había sentido tan cansado antes. La fatiga viene desde dentro de sus huesos. Ha vivido la peor pesadilla posible, y ahora todo lo que quiere es...

—¡Dan! —exclama Linda— ¡El maletero está abierto!

Dan levanta la cabeza. Ella tiene razón; la tapa del maletero se ha abierto unos centímetros. De repente, aparece una mano ardiente, seguida por el resto de Thomas.

Dan mira con horror absoluto hacia la parte trasera del coche en llamas. El pelo y la ropa de Thomas se han ido. Lo mismo ocurre con la mayor parte de su piel. Y sin embargo, lucha obstinadamente por salir del maletero y se desploma en el suelo. Sus movimientos son extrañamente rígidos. Las piernas no parecen funcionar correctamente. En lugar de ponerse de pie, comienza a arrastrarse hacia ellos.

—¡Haz algo! —grita Linda y retrocede— ¡Haz algo!

Dan se pone de pie, sin saber qué hacer ni adónde ir.

Entonces, Thomas parece perder fuerza. Se arrastra unos metros más, pero luego va disminuyendo su velocidad. Sus gemidos se hacen más débiles y, con un suspiro final, Thomas apoya la cabeza en el asfalto y muere por segunda vez, la carne desnuda aún hirviendo por todo su cuerpo. Ha dejado un amplio rastro de sangre pegajosa desde el coche. Dan puede oler la carne quemada. Se esfuerza a apartar la mirada y en su lugar ve a Linda.

Ella está parada con la mano sobre la boca, mirando desde el cadáver ardiente de Thomas hasta Dan, sus ojos están húmedos por el miedo y las lágrimas. —Ya se acabó, ¿verdad? Dime que se acabó.

—Así es —murmura Dan— Por fin se acabó.

Pero justo cuando pronuncia las palabras, una realización lo golpea como un rayo.

«¡Jennie! ¡Oh, mierda! ¿Cómo pude olvidarme de ella?»

Linda dice algo, pero Dan ni siquiera lo registra. Solo puede pensar en una cosa.

«La escotilla. La escotilla del sótano. La cerré con llave. Lo sé... ¿verdad?».

VEINTÍCINCO

Dennis levanta la vista hacia la oscura casa que se yergue bajo el cielo estrellado de la noche, y todo dentro de él grita que dé la vuelta con su bicicleta y salga de aquí lo más rápido posible.

Pero no puede.

No hasta que encuentre el gris-gris.

No recuerda haber estado tan asustado en toda su vida.

Al menos no desde anoche.

Todas las cosas horribles que ocurrieron justo aquí, en la casa de Esther, Dennis nunca las olvidará. Y probablemente sufrirá pesadillas por el resto de su vida. Las imágenes sangrientas ya lo están persiguiendo, los gritos agonizantes resonando dentro de su cráneo.

Y ahora necesita volver a entrar.

Porque perdió su posesión más importante, la única cosa que nunca puede perder pase lo que pase; al menos eso le instruyó mamá.

Para Dennis, el amuleto no es realmente mucho más que lo que cualquier persona vería al mirarlo: un pequeño bolsillo de cuero. Dentro hay algunas cosas pequeñas que tampoco tienen ninguna importancia en particular: una pluma, un trozo de hueso, una roca y una canica blanca.

Para mamá, sin embargo, el gris-gris es un amuleto mágico que protege a Dennis de cualquier daño siempre que lo lleve puesto. Cuando ella lo hizo para él hace varios años, exigió que lo llevara en un cordón alrededor de su cuello en todo momento.

Cuando Dennis comenzó a ir a la escuela, ella accedió—después de que él le rogara repetidamente—dejarlo guardado en su bolsillo para que los otros niños no lo vieran y se burlaran de él. Ya hay muchas cosas sobre Dennis por las que sus compañeros de clase pueden burlarse, como el hecho de que es lento de entendimiento, y ciertamente no necesitaba otra.

Dennis siempre ha tenido cuidado de no perder el gris-gris. Se tomaría mucho trabajo sacarlo de su bolsillo antes de que sus pantalones fueran a la cesta de la ropa sucia, y estaría justo al lado de su cama todas las noches, para asegurarse de verlo primero en la mañana y recordar llevarlo.

Nunca lo había perdido.

No hasta ayer.

En el peor día de su vida.

Ni siquiera se dio cuenta hasta justo después de la cena.

De repente sintió que algo faltaba en su bolsillo, el pequeño bulto siempre descansando contra su muslo. Cuando metió la mano allí, no encontró nada más que un agujero en el fondo.

El gris-gris debió haberse deslizado sin que él siquiera lo notara. Sin embargo, no es sorprendente que no lo haya notado, ya que tenía muchas otras cosas en la cabeza en ese momento.

Por supuesto, no podía decírselo a mamá. No en un día normal, y mucho menos después de lo que había pasado ayer. Podía sentir que ella también se vio afectada por eso, aunque intentaba no demostrarlo. De hecho, actuó como si nunca hubiera pasado, y le dijo a Dennis que hiciera lo mismo, y que nunca mencionara nada a nadie al respecto. Ambos irían a la cárcel si lo hacía, dijo ella, y Dennis le creyó; nunca diría una palabra sobre eso a nadie.

Entonces, simplemente esperó ansiosamente en su habitación a que llegara la noche. Y tan pronto como mamá había asomado la cabeza y le había dicho buenas noches, él se escapó por la ventana, sacó su bicicleta del garaje y recorrió alrededor de tres kilómetros por la carretera hasta la casa de Esther.

Fue cuidadoso al acercarse al camino de entrada, buscando luces intermitentes o cualquier otro signo de policía. Pero tanto la casa como el camino de entrada están completamente oscuros.

Y ahora está parado aquí, junto a su bicicleta, tratando de convencerse a sí mismo de entrar en la casa. Obviamente algo horrible ocurrió aquí. La puerta principal está completamente abierta, invitándolo.

Sin embargo, los montones oscuros que yacen alrededor de la grava no son tan acogedores. Dennis no quiere mirarlos, pero no puede evitarlo. Y tampoco puede fingir como si no supiera lo que son.

Son personas muertas.

Los verdaderos muertos.

Aquellos que permanecen muertos.

Al pensarlo bien, Dennis realmente prefiere este tipo de muertos, aunque le aterroricen. Pero al menos no se levantan y vienen por ti.

«¿O sí? ¿Quizás lo harán una vez que me acerque más...?»

El pensamiento lo clava aún más en el lugar, sus piernas se niegan a moverse. Echa un vistazo a la bicicleta, considerando cancelar todo el asunto.

Pero no puede.

Él lo sabe.

Por mucho que le tema a los muertos y a la casa y a lo que pasó aquí, nada de eso puede hacerle daño.

Pero mamá sí.

Y lo hará si se entera de que perdió el gris-gris.

Así que Dennis respira profundamente y se obliga a caminar hacia la puerta principal. No mira a los muertos, pero no puede evitar echarles un vistazo de reojo.

Uno de ellos es un hombre de piel oscura, tendido con la cara hacia el cielo, los ojos cerrados y la boca abierta.

La otra es Esther; Dennis la reconoce demasiado bien. Después de todo, solo han pasado alrededor de veinticuatro horas desde que la vió por última vez. Todavía lleva el vestido blanco, y su rostro está girado hacia él, lo cual Dennis agradece.

El último muerto, el más cercano a la puerta principal, es mucho más pequeño, y Dennis también lo reconoce, sin necesidad de mirar más de cerca.

Es la chica.

Nadia.

Dennis siente ganas de llorar, y logra aumentar la velocidad al pasar junto a la niña muerta.

Llega a la puerta principal y se detiene allí, mirando hacia la oscuridad de la despensa de Esther.

—¿Ho... hola? —murmura, causándose un sobresalto.

No hay respuesta.

La casa está completamente en silencio.

Lo cual es bueno.

Pero también muy aterrador.

Dennis entra, buscando un interruptor de luz, pero cambiando de opinión en el último segundo. No es una buena idea encender ninguna luz. Alguien que pase por la carretera podría verla. Mejor pasar con la luz de su teléfono celular.

Lo saca y enciende la pantalla. Ya es casi medianoche. Dennis normalmente estaría durmiendo a pierna suelta a estas horas.

Ilumina su camino hacia el pasillo, buscando en el suelo el gris-gris, pisando con cuidado para no chocar con nada ni hacer ningún ruido.

Una vez que llega a la sala de estar, la encuentra aún más desordenada de lo que recuerda. Obviamente alguien más ha estado aquí desde ayer, y parece que han estado peleando.

Dennis revisa todo el suelo. Cuando la luz cae sobre el lugar oscuro desde donde murió el viejo Niels, siente un retorcijón en el estómago y se apresura.

El gris-gris tampoco está en la sala de estar. Dennis comienza a sospechar que podría haberlo dejado caer fuera de la casa.

Pero hay una habitación más que necesita revisar.

La que más teme.

Se vuelve lentamente hacia la puerta del dormitorio. Está entreabierta. Un débil destello de luz de luna brilla desde adentro, atrayéndolo más cerca.

Dennis se desliza por el suelo, empuja la puerta abierta con mucha suavidad y echa un vistazo dentro del dormitorio.

Está vacío excepto por la cama; tal como lo recuerda. Lo único diferente son los vidrios rotos esparcidos por el suelo, y las huellas de sangre reseca brillando a la luz de la luna. La escotilla del sótano está abierta.

No puede ver el gris-gris por ningún lado.

«¿Quizás está debajo de la cama?»

Entra en la habitación, teniendo cuidado de evitar los fragmentos de vidrio rotos, mientras se acerca a la cama.

Justo cuando se arrodilla, levanta el costado de la sábana y mira debajo de la cama, se escucha un ruido desde abajo. Es un golpe. Dennis se congela. Y luego ve un movimiento desde el otro lado de la cama.

Una mano sale de la escotilla abierta, palpando el aire por un segundo, luego se aferra al suelo mientras aparece otra mano.

Dennis mira las manos mientras se convierten en brazos y luego en una cabeza rubia con hombros.

Una chica unos años mayor que Dennis sale del sótano, subiendo a medio trepar, medio arrastrándose, sus movimientos son lentos y torpes.

Incluso antes de que esté completamente arriba, se gira y mira directamente a Dennis. La visión de su rostro lo hace jaderar. La chica obviamente ha sido muy bonita recientemente, pero ahora parece algo salido de una pesadilla. Sus ojos son blancos y parecen de pez, sobresaliendo de sus cuencas, su boca está abierta y la saliva gotea de su labio inferior. Y su cráneo parece haber sido casi aplastado en un lado, haciendo que su rostro esté torcido y recordando a Dennis esa horrible imagen de un hombre gritando en un puente que una vez vio en un museo.

La chica no está gritando, pero está emitiendo un sonido desde lo más profundo de su garganta, un sonido de hambre, mientras comienza a acercarse a Dennis, trepando como un cangrejo en tierra.

Finalmente, Dennis logra moverse. Se empuja hacia atrás y se pone de pie, retrocediendo, tambaleándose, sintiendo las paredes detrás de él mientras se aprieta en la esquina.

La chica muerta también se pone de pie, pareciendo un niño pequeño caminando por primera vez, inestable y tambaleante.

En un instante de pánico puro, Dennis se da cuenta de que está literalmente acorralado, lo único entre él y la chica es la cama. Luego se da cuenta de que la chica muerta decide rodear la cama en lugar de simplemente cruzarla, lo que habría dejado a Dennis sin ningún lugar para correr.

Ahora, tiene la oportunidad, y la aprovecha.

Salta sobre la cama y baja por el otro lado, luego se dirige hacia la puerta. Olvida por completo mirar por dónde va, y su pie golpea la escotilla del piso abierto, enviando una ráfaga de dolor a través de sus dedos de los pies. Cae hacia adelante y rueda por el suelo, evitando por pura suerte cualquier pedazo de vidrio roto.

No hay tiempo para quejarse del dolor, así que inmediatamente se levanta de nuevo para ver a la chica que viene directamente hacia él.

Dennis grita y retrocede, golpeando el marco de la puerta. La chica extiende las manos, y por unos centímetros no logra alcanzar el rostro de Dennis, mientras él logra retroceder hacia la sala de estar.

Agarra la puerta por puro instinto y la golpea en la cara de la chica muerta. Solo le da un golpe, haciéndola retroceder, pero sin cerrarse del todo.

Dennis avanza para empujarla, pero la chica logra meter un brazo a través de la abertura justo un instante antes de que Dennis pueda cerrar la puerta.

Mueve su brazo salvajemente, arañándolo a ciegas, sin alcanzar su brazo desnudo por menos de tres centímetros. Dennis grita y se aleja de la puerta. Se da la vuelta para correr, solo para

tropezar directamente con la mesa de café. Gira de costado y tropieza con una silla volcada, cayendo entre la mesa y el sofá.

Cuando levanta la vista, ve la puerta abierta y la chica que sale tambaleándose del dormitorio. Está iluminada desde atrás por la repugnante luz amarillenta de la luna, y la escena es tan aterradora que hace que todos los músculos del cuerpo de Dennis dejen de funcionar; solo puede yacer allí y verla acercarse.

—Por favor, no —balbucea mientras la chica maniobra alrededor de la silla que lo hizo tropezar—. Por favor, aléjate de mí...

La chica no presta atención en absoluto a sus súplicas, sino que simplemente se acerca más, de manera imponente.

—¡No! ¡No, por favor, no! —Dennis suplica, comenzando a sollozar y retroceder, empujándose contra el sofá, pero no hay a dónde ir— ¡Lo siento! ¡Lo siento!

Ni siquiera sabe por qué se disculpa, pero, milagrosamente, parece funcionar.

La chica de repente se detiene.

Está inclinada hacia abajo a la mitad, con los brazos extendidos para agarrar la pierna de Dennis, cuando simplemente deja de moverse, como un robot al que le cortaron la batería.

Dennis solloza y la mira, sus ojos muertos y vacíos están mirando directamente más allá de él, mientras olfatea el aire, casi como un perro rastreador.

Luego emite un gemido, se endereza, da la vuelta y simplemente sale de la sala de estar, avanzando a través del mobiliario como una persona ebria.

Dennis yace allí y la mira, completamente desconcertado. Puede escucharla en toda la casa mientras se dirige hacia la puerta principal.

Luego, solo hay silencio.

Dennis escucha su corazón latir y su respiración aguantada.

—¿Qué... qué acaba de pasar? —susurra, como si la habitación vacía pudiera darle una respuesta.

Cuando nadie viene, decide levantarse y alejarse en caso de que la chica cambie de opinión y regrese por él.

Y cuando se levanta, de repente lo siente; la cosa en la que estaba acostado.

Es el gris-gris.

Dennis lo recoge como si estuviera hecho de cristal, sosteniéndolo con ambas manos mientras estudia el saquito de cuero como si fuera la primera vez.

Dennis mete el gris-gris en su bolsillo y sale de la casa.

Afuera en el patio, no hay señales de la chica. Los otros tres muertos siguen tendidos exactamente dónde estaban cuando Dennis llegó.

No puede evitar sacar el gris-gris y mirarlo una vez más.

Quizás mamá tenía razón después de todo. Quizás realmente funciona como un amuleto protector.

Entonces hay un par de faros que cortan la oscuridad de la noche cuando Dennis ve un auto que se acerca por el camino de entrada. Su primer pensamiento es que es mamá quien se ha dado cuenta de que ha salido y ha venido a buscarlo.

Pero a medida que el auto se acerca, puede decir que no es el auto de mamá. Corre hacia su bicicleta y la arrastra por la grava al garaje donde se agacha y mira hacia afuera.

El auto entra en el patio, y Dennis ve con horror la palabra escrita en el costado del mismo. Aunque Dennis es terrible para leer, conoce esa palabra.

Policía.

El auto se detiene sin apagar su motor o sus luces, y dos hombres salen.

—¡Dios mío! —exclama uno de ellos al ver a los muertos— ¡Llama refuerzos!

El otro corre de vuelta al coche mientras el primer oficial se agacha y comienza a examinar a Nadia, tal vez con la esperanza de que aún esté viva.

Dennis aprovecha la oportunidad mientras los oficiales están ocupados para arrastrar su bicicleta de vuelta fuera del garaje y hacia el camino de entrada. Tan pronto como está a una distancia razonable, salta al asiento y comienza a bombear los pedales.

No disminuye la velocidad ni una vez en todo el camino a casa. Sin embargo, se detiene brevemente cada treinta segundos para comprobar que el gris-gris todavía está en su bolsillo.

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 2 en **nick-clausen.com/dia2**